

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

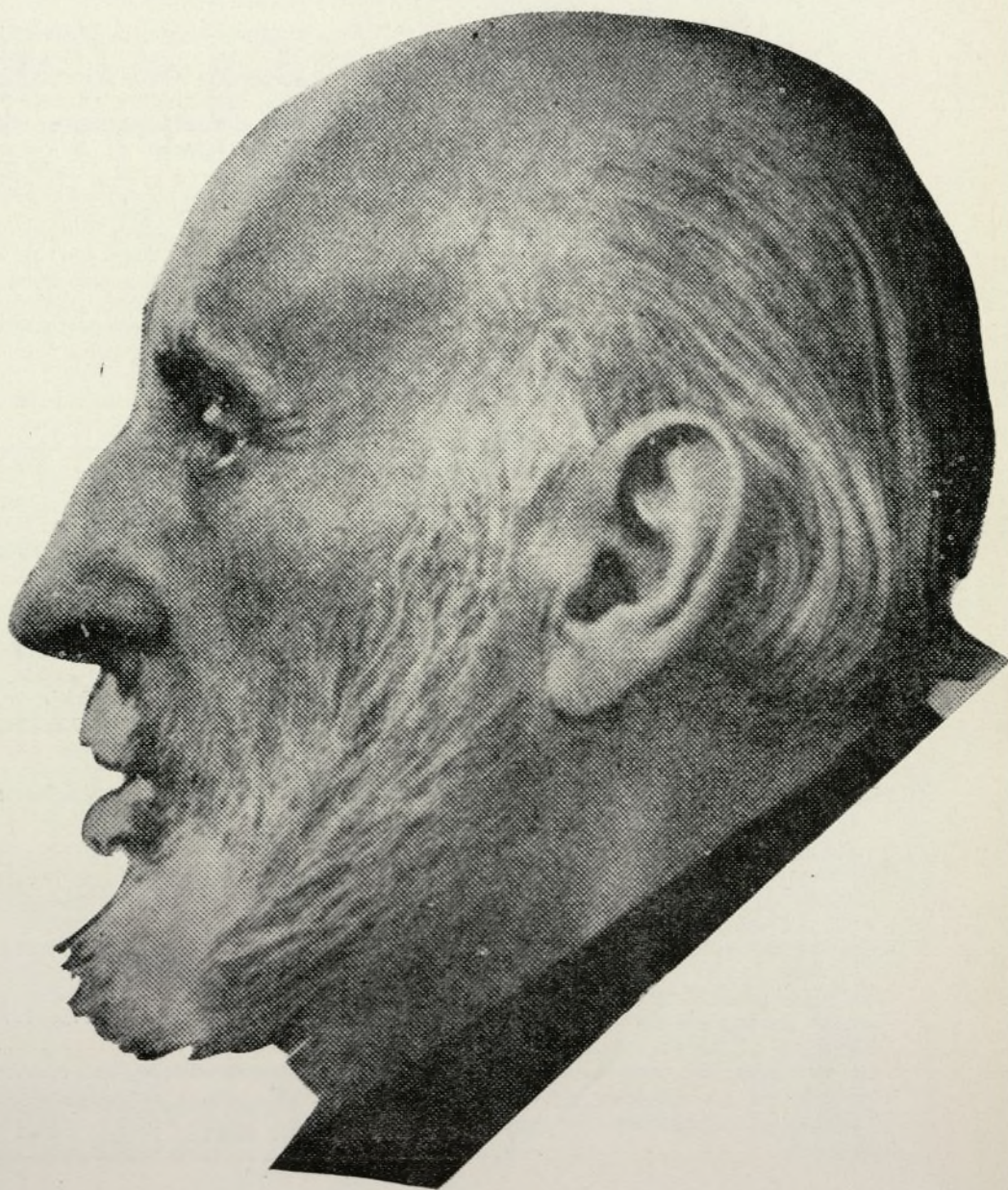
Editorial. — El mendigo y el ladrón. — Ramón Liarte: La vida es acción. — Puyol: La limosna del viernes. — Denis: El Ministro. — Eugén Relgis: Humanitarismo y biocosmia. — F. Ocaña: De Unamuno a Benavente. — Cosme Paules: «Doce capitales». — Campio Carpio: Los Subamericanos». — La vida y los libros. — II Conferencia de Muñoz Congost en Casablanca. — Carlos M. Rama: «Religión e imperialismo en Asia durante el siglo XIX». — El pensamiento vivo de Amiel — Juan Ryner: Colgando los hábitos (folletón). — Fedor Dostoiewski: Crimen y castigo.

162

Enero - Febrero 1965

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

PRESENTAMOS como simbolo de la más pura concepción ética al hombre egregio que fue D. Santiago Ramón y Cajal, una de las encarnaciones más refinadas de la ciencia. Al recordar al sabio justo, nos honramos como españoles internacionalistas. La gloria hecha humanidad del histólogo ha traspasado las fronteras, llevando el Mensaje de la sabiduría.

Hay en las ideas de Cajal mucha amargura. La cruel amargura de la España encadenada al dogma religioso. Movido por sus ideas rebosantes de bondad, el sabio y apóstol puso de manifiesto su dolor al contemplar la pena de su España:

«Me apena la frase fanfarronamente hiperbólica, atribuida a nuestros mayores, de «que el sol no se ponía jamás en los dominios de España»; porque al desdén o al menosprecio del extranjero contestamos (se nos ha dicho ya) que, por compensación bochornosa y denigrante, jamás alboreó el sol de la ciencia en nuestros cerebros.»

Cuando acertemos los españoles a sustituir los viejos utensilios, las rutinas mentales y las pasadas grandezas por el trabajo cohesionado, la unión en los esfuerzos, y el respeto en la convivencia laboriosa, habremos dado un paso seguro hacia la suprema libertad del hombre. Tal fue el pensamiento del genio que tuvo que desenterrar muertos para estudiar ciencia y moral. La idea de Cajal podría formularse en los mismos términos que el histólogo afirmara al decir:

«¡Por la ciencia! ¡Por la libertad!»

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guiraud, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38

4, rue Belfort, 2ème étage

F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XV

Toulouse, Enero.-Febrero 1965

Nº 162

EDITORIAL

Lo eterno es el pueblo

NO hay nada más conmovedor, ni más humano por lo que contiene de renaciente humanidad, que la sin igual tragedia de España. La nación-mártir es la olvidada de todos. Y, sin embargo, ahí está España. No hay manera de borrarla del mapamundi político-social y económico contemporáneo. Está predestinada a ser vigía de la razón, faro de la libertad. Lo ha querido así el destino. Los hombres, con su conllevancia y cobardía, han hecho que así sea. Cada pueblo tiene su hora. Y la hora actual es una hora española de resonancia universal.

Se ha dicho que Don Quijote estaba loco de atar y que volvió loco al más cuerdo de los pueblos. ¡Sublime locura la de empeñarse en redimir al hombre de la esclavitud, en salvar al mundo de los estragos absolutistas! La locura de la libertad es la eclosión de la razón hecha fantasía. Y donde no hay fantasía, sueño, delirio, no existe progreso ni evolución.

Se hacen planes de espera, se tejen maniobras de gran estilo para cercar y dominar a España. Y cuando parece más dormida, más callada, se dispone a hablar alto, en español, para decir al internacionalismo renegado de sus propias esencias solidarias, al mundo del trabajo separado en Estados, naciones e intereses, que los españoles podemos renunciar a muchas cosas, excepto a la libertad y la dignidad. Nosotros no sabemos vivir sin honra. Concebimos la existencia como un campo de trabajo y experiencia para poner a prueba los más altos valores humanos. No; no se puede jugar al escondite, o a la gallinita ciega, cuando hay un pueblo, todo un pueblo ejemplar, que sufre y padece los zarpazos de la tiranía. España exige, demanda, pide una solución netamente española. Y si no se la quiere ayudar, lo menos que debe hacerse es no dificultar su discurrir venturoso, creador.

Contra los hombres de España se han lanzado las más funestas acusaciones. Los españoles del interior se comen su hambre moral y física con dignidad. Y los desterrados, dan ejemplos al mun-

do de cómo sabe vivir el hombre sin tierra ni hogar, con mil amarguras auestas. Ahora se busca y persigue que el Interior sitiado, y el Destierro doliente, riñan como ciegos enemigos. Es la penúltima maniobra divisionista. Y fracasará como las demás, ya que la España de la libertad es una e indivisible: unida por la misma responsabilidad, hermanada por el mismo sentimiento.

La España del trabajo y de la idea viene quitando el sueño a los fabricantes de manufacturas que juegan con la llamada razón de Estado internacional. Si, no es posible negarlo: hay dos Españas. Una, la estática y empotrada, la católica y pagana a la vez; y, otra, la obrera y evolutiva, la socialista libertaria. Mientras no se haga la verdadera unidad de España en los centros de trabajo, en los laboratorios, campos, minas, fábricas y talleres, tendremos que admitir esta verdad innegable. Pero los estadistas de todos los colores empeñanse en desconocernos, negándonos tres veces antes de que cante el gallo del alba emancipadora.

Hay que contar con la España del trabajo y la libertad si en realidad se piensa tener en cuenta que existe un pueblo admirable que debe decir su palabra de honor en el concierto de los pueblos libres y civilizados. Europa, esta tierra inhumana donde todo el mundo habla de justicia y humanismo, no podrá hacerse y proyectarse sin la verdadera España, que es la que puede ofrecer manantiales de cultura, campos de prosperidad y paz, y hombres esforzados e infatigables para cooperar por el triunfo de la fraternidad universal. Europa no podrá ser la Europa soñada por todos los hombres justos mientras no sepa comprender a sus pueblos, amar sus valores éticos, sentir sus ideas.

Hay que acabar con el miedo cobarde que se opone al buen entendimiento de los países amantes de la colaboración solidaria, de la armonía social, de la justicia igualitaria, del bien por el bien mismo. Con miedo y cobardía no se hace la historia nueva, que es el decálogo de la justicia humana.

PARABOLA

El mendigo y el ladrón

AQUEL mendigo había dejado, de puerta en puerta, a jirones la hombría. Ahora su vida era el rodar a la deriva de los ex hombres. De sus semejantes no le quedaba más que la figura, un poco bíblica, de cromo. Era la estampa de la resignación, virtud de eunucos. Era un eunuco vestido de harapos.

Las gentes los rechazaban como se rechaza la mugre y la podre. Por repugnancia, por asco y, tal vez en el fondo, por un sentimiento de justicia, tan immanente en el hombre que está hasta en el alma del mendigo. El lo reconocía. Si sus harapos espantaban hasta la risa de los labios de los niños. Por eso en la puerta que no le echaban los perros lo despedían con un frío «¡Dios le ampare!» Y los perros, cuando le alcanzaban, le hacían sentir en su carne viva la inmisericordia de las gentes. Y Dios, el Dios a quien solían remitirlo, no le amparaba nunca.

Pensando en esto llegó al convencimiento de su propia culpa. Y encontró justas la cólera de las

gentes y la inhibición de Dios que no se manifestaba para ampararle.

Un día en que los perros le hicieron sentir más que nunca el furor de las gentes, sentóse en el vertedero de basuras, a las afueras de la ciudad, y se puso a pensar, que es una manera de dialogar consigo mismo.

Antes que mendigo, él había sido ladrón. Y entonces se codeaba con las gentes. Empezó a robar por necesidad y acabó robando por costumbre. Aun así, aquel oficio era más digno. Al contrario, las gentes lo temían. ¡Si lo temían que, para defenderse de sus agresiones, había creado un código en el que estaban previstos todos sus actos y hasta sancionados! Ese código lo mandó a la cárcel varias veces. Y fue allí, en la cárcel, en donde alguien le habló del amor de Dios a los pobres. «Bienaventurados los pobres —le repetía aquel capellán rechoncho, de carnes lustrosas y rollizas— porque de ellos será el reino de los cielos.» Otras voces le hablaba de las penas que esperan en el infierno al trasgresor del mandamiento de Dios: «No hurtarás». Y aquel «no hurtarás» le obsesionó, mientras duró su última condena. Cumplida ésta, dejó de ser ladrón e hizo de mendigo... Pero en mal hora cambió de oficio: ahora había de mendigar lo que antes se tomaba por su mano. Antes conseguía todos sus propósitos sin saber de humillaciones; ahora sabía de todas las humillaciones sin conseguir sus propósitos. Y sus propósitos eran bien simples: vivir. Pero, para vivir, necesitaba con qué. Para no dárselo, las gentes habían inventado una especie de banquero para los pobres a quien llamaban Dios...

—¡Bah, pero ese Dios —se dijo para sí— es otro perro!... Es el perro de mentirillas de las casas que no tienen perros de verdad...

¿Qué pasó?... Pasado algún tiempo, me encontré a nuestro mendigo en el café. Saboreaba un magnífico habano y un exquisito «exprés». El limpiabotas le lustraba los zapatos. Y, periódico en mano, leía con fruición la sección de sucesos. Tal vez en ella se relataban su última hazaña.



Lo eterno es el pueblo

Cesen ya de una vez las mentiras y las calumnias lanzadas contra el pueblo español. Nuestro pueblo no está loco. Se encuentra tullido desgarrado, prisionero; pero posee un corazón rebosante de amor, henchido de cortesía, pleno sin igual de nobleza. Dejad, dejad vivir a ése pueblo tranquilo y juguetón. El Virgilio de las naciones. De sea salvarse de la opresión, liberarse de la esclavitud para ir en busca de su amada Dulcinea. Quiere ser gobernado por Sancho Panza, la expresión más acabada del sentido común, que es el primer gobernante de España. Que no se ponga un manojo de ortigas bajo la cola de Rocinante. Y siendo ancha y libre España, como Castilla, su primera hija, bien podremos convivir, luchar y vivir pacíficamente todos los españoles.

La fecunda tragedia de España ha de tener su fin y, su victoria. Quiérase o no, la dictadura es un accidente pasajero. La fundamental, lo medular, lo eterno es el pueblo español. Un pueblo que lucha por encontrar la ruta luminosa del progreso, para predicar con lecciones y ejemplos el Evangelio de la libertad, que es la finalidad suprema por la que luchan los hombres justos y emprendedores que quieren hacer una España nueva, y que administre; un país infatigable, y que coma: una sociedad presidida por la justicia, y que haga del Derecho la fuente de todas las virtudes ciudadanas.

La vida es acción

¿Será la pereza mental o, la carencia de sentido político-social que nos impiden averiguar la verdadera razón de cuanto nos ocurre? No hay escapatoria posible. Mientras cada español no sepa cumplir con su misión de buen ciudadano, haciendo juego de equipo, afirmando su personalidad en el discurrir de la vida, sin dañar la vida de su prójimo, no haremos sociedad. Las cosas no deben hacerse como a uno le da la gana, sino como conviene realizarlas teniendo en cuenta que no hay un solo hombre sino treinta millones de españoles, y los que te rondará morena... Tenemos el deber de contribuir cada cual a las mejoras comunes, dando en todo momento un ejemplo honroso de lo que somos capaces de llevar a cabo.

No es la libertad una idea abstracta e increada, sino una armonía del hombre con la naturaleza y con la humanidad toda. Para alcanzar la libertad hay que establecer la convivencia social mediante la práctica de la fraternidad. Esto es hacer posible la igualdad de condiciones y oportunidades para todos. El sentimiento de la libertad es como una veta roja que siempre sale a la superficie de la tierra española, para trazar el camino de la emancipación que debe seguir el hombre. Este concepto hondamente sentido forma parte decisiva de nuestra conciencia. Y lo lamentable del caso es que, en España, sigue cabalgando la tiranía a horcajadas de nuestro y valeroso pueblo. Siendo uno de los países que más añora la libertad, es el que menos la posee. Conveniente es, pues, estudiar a fondo las causas que determinan nuestra desdicha nacional.

¿Por qué no escuchar la voz del célebre historiador D. Santiago Ramón y Cajal? Me apena —dice nuestro pensador— la frase fanfarronamente hiperbólica, atribuida a nuestro mayores, de «que el sol no se ponía jamás en los dominios de España»; porque al desdén o al menosprecio del extranjero contestamos (en realidad se nos ha dicho ya) que, por compensación bochornosa y denigrante, jamás alboró el sol de la ciencia en nuestros cerebros...

Cuando consigamos los españoles sustituir los viejos utensilios, las rutinas mentales, y las pasadas grandezas por el trabajo cohesionado, la unión de los esfuerzos creadores y el respeto en el ejercicio responsable de la libertad, habremos dado un paso seguro hacia lo que ardorosamente buscamos: afianzar el sentido de la libertad que es la más alta conclusión de todos los siglos.

Nadie está totalmente aherrojado si lucha con todas sus fuerzas para sentirse libre. El que quiere la libertad para sí está obligado moralmente a preservar de todo peligro la libertad de sus iguales. Tal es el fundamento solidario de toda convivencia político-social y económica. En esta lucha no debe existir fracaso alguno que sea capaz de amilanarnos. La vida, en conclusión, concede el

premio al más justo, ya que todos los tiranos son despreciados por la humanidad.

Nuestro Cervantes, y decimos nuestro porque es de todos, expresó sus ideas de manera excelsa: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.»

Sabido es que España es el país de los Pronunciamientos. La Iglesia Católica que fue creada para defender a los pobres y que vive protegiendo a los poderosos; el militarismo beodo que en vez de salvaguardar la legalidad nacional atenta contra los derechos más sagrados de la nación; el señoritismo obtuso y estéril que, al decir de Antonio Machado, nada tiene que ver con el señorío manual e intelectual, han conspirado en todo momento para no perder las riendas del Poder. Incapaces de utilizar la ciencia como fuerza de progreso general, han recurrido a la violencia para mantener sus privilegios de casta.

Y la que fue casta de hidalgos se ha convertido en casta de mercaderes. La nobleza rapaz y esquizofrénica no ha contado nunca con el pueblo. Y, sin embargo, todo lo que hay de noble en España es eminentemente plebeyo.

La juventud española debe sacar fuerzas de flaqueza y luchar con ánimo resuelto, con ideas claras por la salvación del país rezagado y humillado. Hay que trabajar codo a codo, para que España rompa las cadenas de las dictaduras todas a fin de que se incorpore al ritmo de la evolución internacional para hacer una nueva historia, una vida nueva. Más que sacerdotes sin vocación de sacerdocio, que militares dispuestos a proseguir la carrera del clásico Pronunciamiento, que políticos desencajados de la obra colectiva, necesitamos sabios al servicio del bien común: ingenieros emprendedores y arquitectos capaces de construir que se sumen a las clases populares para educarlas y orientarlas por derroteros venturosos. Los libros de Caballería han pasado a la historia. No podemos meternos en los asuntos de los demás si antes no rehacemos nuestro país, organizándolo de manera decorosa para que puedan vivir en él los españoles que producen y crean cosas de provecho. En la política española ha habido más soberbia y violencia que ciencia y paciencia para administrar. Si el orgullo español, que, cuando es bien empleado desemboca en la virtud, se hubiese agregado al saber, otro pelo nos luciría. Pero los errores de Estado los paga siempre el pueblo. La historia política de España, salvo contadas y honrosas excepciones, ha sido y sigue siendo, hoy más que nunca, la historia de la esclavitud de un pueblo.

Póstumas La limosna del viernes

Para después de «El Húngaro», querido Miguel.

La calle principal de Tamares parte en línea recta de la estación y termina en la plaza. Aquí están los mejores edificios, con balcones escarolados y amplios portales. Fachadas incoloras tirando a pizarra y soberbios escudos de escomidos cuarteles, según el tiempo los va desmoronando y acabando poco a poco. La fonda no la única, las dos farmacias en competencia... bodegas que en tobosiendas tinajas guardan caldos... tiendas con artículos a la calle, donde no hay escaparate. Falta un mercado cubierto en sustitución de los puestos al aire libre aglomerados en la plaza. En época de vendimia abunda el elemento forastero y, de noche, el café cantante se ve muy favorecido.

Cantantes de juglar han hecho corro cantando por lo fino, mientras una mozueta sirve los papelillos con las coplas. Mal año para el sacamuelas sin dolor: aunque hace sonar la campananilla el público no le acude, pese a no haber más que pedir en cuestión de juegos de mano.

Las clases gobernantes españolas han cometido tres pecados capitales que no les podrá perdonar el pueblo: la pedantería aristocrática, el despotismo militar y el fanatismo religioso. El orgullo intelectual, laborioso y creador no lo sintieron nunca. Y una política violenta, huérfana de conocimientos científicos, sólo lleva a una meta ciega: el callejón sin salida. Estamos, pues, en plena encrucijada y, debemos salir del atolladero con inteligencia y acción. A la violencia del poder avasallador debemos oponer la fuerza vital del pueblo, que, administrada con inteligencia, es invencible.

La juventud española no puede entumecerse voluntariamente. Debe prepararse para comenzar su gran tarea. Hay que vivir la vida para la acción, y vivirla de tal manera que siempre estemos preparados para dar un paso hacia adelante. Las castas pudientes, representantes de la España hermética y estática son incapaces de evolucionar. Y sabido es que lo que no evoluciona, parece petrificado. Si por cauces normales y evolutivos no se nos deja avanzar hacia la justicia social y el derecho para todos, nuestra actitud debe ser revolucionaria. Está probado hasta la saciedad que en la España de los inquisidores y los verdugos, sin revolución no puede alcanzarse la evolución creadora y generosa que todos apetecemos. Y para salir del caos que nos circunda por todas partes, no se nos ofrece más que un camino: la acción de los brazos y los cerebros españoles, dignos de tal apelativo; la energía colectiva organizada para producir la gran fuerza social que nos lleve a la victoria; la revolución de los hombres conscientes de sus deberes y de sus derechos para establecer una sociedad digna de ser vivida por hombres dignos y libres.

Ramón LIARTE

Hoy, día de mercado, la pobrería tiene licencia para postular; por ahí van en gurullada capitaneados por barbudo santón muy sabido del rezo. Gente vahanera y vagante; el mayoral de la tropilla no acuerda con el segundo de la misma, ignorante del breviario, sobre persuadido ateo...

—¡Hermógenes!

—Froilán.

—Te conozco de la guerra de Cuba.

—¡Trufa!

—A perro viejo todo son pulgas, Hermógenes. Entiendo por artículo de fe descreer lo que no veo. Si la cofradía mendicante aquí reunida renuncia pelilorio por la película en rodaje, ¿no será ir por lana y salir trasquilados?

—¿Perderemos con no conservar la pelambre? Atención, que llegan los de la película, que se llama «Cardelina».

—Servidora de usted.

—Criatura albina, no aires tu gracia, que los señores «guros» tienen dedo de tísico.

Verdad es lo del «film» con las características propias de Tamares: el mercado bullanguero, la iglesia parroquial, la moruna calleja del suspiro, con salida al parterre, por donde viene una vieja hablando sola, la poza donde lavan y murmuran las mujeres, junto a la fuente de muchos caños, a la par de abrevadero; las escuelas en un mismo grupo de fábrica, las exportadoras bodegas, la vendedora ambulante de cribillos y cedazos, la acumuladora de trapos y hierros por maravedís, gitanos en la periferia alrededor de la paila, los arres procedentes de Abigeatos, la numerosa compañía de desamparados que los viernes se reparte, casi nunca en armonía, el producto de sus rezos, obtenidos pidiendo de puerta en puerta.

Fuera de estas particularidades ambientales, el motivo básico de «Cardelina» queda desconocido. En cambio, la mala acción de la otra Cardelina —la de los papelillos— levanta a la gente de la heria y a la honesta de Tamares, siendo aprehendida.

Ocurrió que al pobre más pobre de la compañía le sopló el dividendo de la cuestación y clamando al cielo le dejó a buenas noches. Negó «mejor que San Pedro, alegando que el hermano querellante tenía vuelto el juicio y que por no ser gallina de su muladar la infamaba.

—Que le desaten a don Harpagón el nudo del ombligo donde guarda el oro —manifestó uno.

—El que descomió el moro —opuso otro.

Tiene mayor dificultad llegar que afirmar, y llegar afirmando mucho estudio. El reo conoce los pasos del laberinto procesal y sin necesitar el hilo de Ariadna los alela: su declaración es una toma-dura de pelo.

A la mocina la absolvió la indigencia y le cerraron mental de los alguaciles en lo que toca a descifrar jeroglíficos.

Echó cada cual por su camino, contentos y satisfechos de haber librado bien aquel viernes.

PUYOL

VERSIONES

EL MINISTRO

ERASE un ministro que, como si hubiera nacido para ministro, era siempre ministro.

Lo fue por primera vez a los treinta años, y llevaba ya treinta años siéndolo, salvo en breves temporadas, especie de vacaciones. Tuvo, a los treinta años, la cartera menos importante —no se ignora que es la de instrucción pública—; había llegado, más tarde, a través de todos los ministerios, a la presidencia del Consejo.

En cuanto alcanzó la edad de ser diputado, su padre, entonces ministro, le había hecho diputado. Y su padre, poco después presidente del Consejo, le hizo —se estaba en una democracia, donde el pueblo elegía a sus gobernantes— ministro.

Años más tarde, muerto su padre, heredó de él, aparte de diversos títulos nobiliarios, y de muchas fincas en diferentes lugares del país, todo su prestigio político. Que él acrecentó. Hasta el punto que no había combinación ministerial en que no figurara. Jefe de partido, con el tiempo, cuando no presidía el ministerio, como jefe de partido, el partido turnante le llamaba en las horas graves, que cada vez menudeaban más.

No hubo, así, ministerio por el cual no pasara, y todo el mundo se hacía lenguas de su habilidad para no dejar de ser ministro.

Se hablaba de su habilidad, no de su capacidad. No se creía que ésta fuera necesaria. Sin error, evidentemente. Capaz, acaso no hubiera sido diputado, ni ministro. Ni por elección, ni por gusto. Aunque heredero, con los títulos y las tierras, de la elección, habría podido el gusto, por capaz, alejarle de la política. Tuvo la suerte de no ser capaz y de que ese gusto le fuera desconocido.

Como otras muchas cosas. La educación, sin ir más lejos. Era proverbial hasta qué punto le faltaba. Sus subordinados, los adeptos de su partido, sus adversarios políticos, habían tenido mil ocasiones de comprobar cuán ajeno era a las normas más usuales de la cortesía. No porque, por sus títulos, nobiliarios, se juzgara grande y por encima de los demás: ese orgullo le era también desconocido. Simplemente porque no había sido educado. Ni apenas instruido. Había terminado, sí, una carrera: aunque barón, y marqués, y conde. Pero eso no siempre quiere decir haber adquirido una instrucción. Ni mucho menos.

Había estudiado leyes, claro está, puesto que, para su padre, su porvenir era la política. Añadió a sus títulos nobiliarios un título universitario. Fue todo. De leyes, como de no importa qué, sabía un poco, muy poco. Lo administraba con habilidad. Que facilitaba el prestigio, con tantas cosas heredado. Y no de mejor ley que las tantas cosas heredadas.

No le dejó su padre en herencia una educación, que tal vez no tenía, y no tuvo él tiempo de procurársela. Ni gusto. Con éste, habría robado horas

al tiempo. Le asediaban otros quehaceres menos penosos, y más vistosos. Figurar, figurar. Verse, continuamente, blanco de muchas miradas. Ni grande ni orgulloso: vulgar.

No había, para ser blanco de muchas miradas, otra cosa que estar en la altura. Se mantenía en ella, con piruetas, a veces, que eran motivo de risa hasta para quienes juzgaban altura la altura en que estaba. Corría, así, de boca en boca, adornadas de mil comentarios, todo género de anécdotas sobre él. Suficientes, algunas, para hundir en el anonimato a hombre de celebridad distinta que la política.

No se consideraba excepcional, aunque fuera objeto de burlas, que ministro de agricultura ignorara cómo se cultivaba el trigo —no se había ocupado de averiguarlo en sus raras visitas a las tierras de que era propietario—, ni que ministro de instrucción pública apenas tuviera idea de instrucción alguna. Parecía escandaloso, a críticos más severos, que ignorara, con eso, todo. Que no tuviera noción de ningún problema, ni particular ni general. Que el destino del país estuviera cada vez más comprometido, y que él lo creyera en las mejores vías, por ser, para él, las vías que siempre había seguido. Que todo fueran problemas nuevos, por el tiempo taridos, y que él no lo sospechara. Que pasara de un ministerio a otro sin conciencia de que hubiera nada que hacer en uno ni en otro.

Críticos severos, pero descarriados. El no hacer nada era lo más acertado que el ministro podía hacer. Enterado de hacia dónde iba el país, ¿qué disparates no habría perpetrado? Su absoluto desconocimiento de la realidad le llevaba a la actitud más plausible. Conociéndola, tal vez habría querido, con su habilidad peculiar, hacerla otra. Y quién sabe a dónde eso le habría conducido.

No hacía nada, y era lo mejor que hacía. Porque si hubiera hecho algo, ¿qué habría hecho? Tratar de poner en marcha el carro del Estado, que no marchaba. Valía más que lo dejara quieto. Valía más que ignorara los problemas. Valía más que sus piruetas no tuviera otro objetivo que ser blanco de muchas miradas. No hay necesidad de que el carro del Estado marche. Aunque el país, porque no marche, se hunda. Se hundiría con su marcha en abismo más profundo. Aunque fuera abismo de riqueza.

Era ministro como barón, y marqués, y conde, y propietario de tierras: porque sí. Y era, por ser ministro porque sí, un ministro modelo. Acaso la admiración de que vivía rodeado, hasta en el pueblo, a pesar de las anécdotas que como prueba de su ignorancia se contaban, o tal vez por ellas, tenía esta raíz: que por no ser ministro era el mejor ministro. Acaso por eso se le perdonaban sus resbalones, todos cómicos. Acaso por eso se reían sus salidas, que querían ser ingeniosas, pero que eran vulgares, y, por vulgares, al alcance de todos. Acaso por eso se le perdonaba hasta su falta de

educación, comidilla constante en público y en privado. Como si cada cual supiera, sin saberlo, que no se es activo, en política, sino con abandono de las prendas morales de más precio; que gran político y bandido son sinónimos; que no hay gran política sin bandidaje: comenzado en el interior, prolongado al exterior. Podía tomarse en broma su ignorancia. No hay broma que valga con los despiertos: quieren hacer y deshacer, tarea que no es suya. Su tarea es representar, no hacer, ni ser. El ministro ignorante sabía representar. Todo, por ese saber, se le disculpaba. Hasta su falta de educación, ya se ha dicho.

Recibió, al fin, sin embargo, por ineducado, lección difícil de olvidar, aun para él. Era a la sazón, en ministerio presidido por el jefe del partido turnante —en ministerio de grandes: se decía así— el ministro encargado del orden público. Para asegurar el orden público, muy comprometido aquellos días, había tomado no pocas medidas. Por primera vez, desde un ministerio, hacía algo, y como siempre que un ministro hace algo, lo que hacía era arbitrario. Entre esas medidas, la suspensión de una revista mensual donde se juzgaba, en altos tonos, la política del país y la política extranjera. En un artículo, de colaborador provinciano, se había hablado del orden público como cosa abstracta, que no era quién un ministro para definir, ni para comprender. Molestó al ministro la apreciación, y con el desacierto que ordenan los ministros, porque ordenar es siempre un desacierto, ordenó, sin más, la suspensión de la revista.

Era, como se decía en el país en todo momento, olvidando que la autoridad, por sí, no tiene otra

base, un abuso. Ninguno, entre los redactores de la revista, quería ir a ver al ministro para hacerle volver de su atropello. Hombres educados todos, no querían habérselas con hombre cuya falta de educación corría parejas con su fama de habilidad.

Acertó a llegar a la capital el autor del artículo causa de la suspensión de la revista. Se enteró entonces de lo sucedido, sin indignación, pero con asombro.

Yo mismo iré a ver al ministro —dijo—, y ahora mismo.

Era joven, pero imponía, como si estuviera ya cargado de años y de experiencia.

No quisieron sus amigos decirle, o lo olvidaron, con quién iba a tratar. La advertencia, en todo caso, habría sido inútil. Era visible.

Pidió, por teléfono, en el instante, una entrevista al ministro. Le contestó el secretario, con evasivas.

—Necesito verle sin falta, hoy mismo —dijo él por teléfono, y hasta por teléfono impuso su voz.

—Venga usted a las siete —contestó el secretario.

A las siete estaba ya el joven en el ministerio.

Le abrió el secretario la puerta del despacho del ministro. Y éste, al verle entrar, le dijo:

—Le advierto que sólo dispongo de cinco minutos para usted.

El joven le volvió la espalda, disponiéndose a salir, y le contestó al mismo tiempo:

—Y yo, para usted, no dispongo de ninguno.

DENIS

*La política ha encontrado el secreto
de matar de hambre a los que culti-
vando la tierra, alimentan a los otros*

VOLTAIRE

Ayuntamiento de Madrid

Humanitarismo y biocosmia

por Eugen RELGIS

EN la actual recrudescencia de las pasiones políticas y de los entreveros nacionales, debemos proclamar —más que nunca— la verdad primordial de la unidad. Hay que empezar de llano con poner de manifiesto la ley de la unidad universal, para hacer brotar en la mente de las muchedumbres la conciencia de la unidad cósmica y también de la humanidad.

El que quiera luchar por una idea universalista, no tiene que esperar las «condiciones objetivas», como suele decirse en el lenguaje del materialismo histórico. Por el mero hecho de que la idea de la universalidad había aparecido en el modo de pensar de una minoría, resulta evidente que existe también la primera condición para la realización de esta idea: la capacidad de comprender. Y eso ya es posible por el desarrollo físico del órgano de pensar: el cerebro.

En los milenios pasados hubo momentos en que las multitudes se mostraron bastante preparadas como para asimilar una idea, un concepto universalista (aunque fuera en una forma todavía rudimentaria): el monoteísmo judaico, el comunismo cristiano primario y, entre otras enseñanzas antiguas, el budismo, la moral china, la filosofía griega, etc. A pesar de los brutales desmentidos políticos y nacionales, hay que sostener la verdad de que las multitudes estuvieron y están hoy día capacitadas por tener al menos la intuición de una idea unitaria, universalista. El humanitarismo, por ejemplo, no es otra cosa que la quintaesencia de los intereses permanentes y de las aspiraciones idealistas de la humanidad entera. ¿Existe otro concepto que pueda ser más cercano, más inherente a la naturaleza humana, considerada por muchos biólogos y sociólogos como pacífica y solidaria por sus mismos orígenes? He ahí por qué he precisado en los «Principios humanitaristas»: No mañana comenzarás a humanizarte... Numerosos son aquellos que puedan comprender este mandamiento de la conciencia esclarecida: Desde hoy mismo deben empezar a universalizarse, es decir, a pensar y actuar de acuerdo con la ley de la unidad (**unidad en la diversidad!**) que rige en todas las formas de la vida terrestre y cósmica.

Los que anteceden son algunos extractos de una carta a J. Estour, publicada en «La Vie Universelle», la revista de la Asociación internacional biocósmica (marzo de 1934). Hace más de tres decenios que he emprendido investigaciones para un trabajo de síntesis: desde el humanitarismo a la biocosmia. He estudiado varias obras de los promotores de esta Asociación: Félix Monier («Lettres sur la Vie, vues avec le simple bon sens», 1921), Albert Mary («Précis de solidarité biocosmique», con prefacio de L. Barbedette, 1928), Antiocho Zucca («Le véritable rôle de l'homme dans l'Univers»,

1930), A. L. Herrera (Plasmogenia, México, 1925). Fallecidos éstos, Estour seguía escribiéndome hasta 1960, cuando murió a los 81 años. Los científicos oficiales, las Academias cerradas o reticentes, empiezan a considerar estos conceptos biocósmicos después de las conquistas del espacio, de los vuelos espectaculares de los cosmonautas.

Pero estas hazañas técnicas no significan todavía **universalismo** en el sentido filosófico, humanista y cósmico. Pese a los satélites artificiales, a las astronaves y cohetes lanzados hacia otros planetas, sus artífices son aún meros instrumentos del egoísmo nacional, del orgullo estatal, de los intereses políticos y económicos de una clase o de un partido totalitario. He tratado de aplicar algunos conceptos y movimientos de carácter mundial a las realidades sociales actuales (en el libro «Cosmometápolis», París, 1935, aumentado en la edición española, Montevideo, 1950). La Biocosmia, en este sentido: la ciencia de la vida universal, aplicada en la vida social de la humanidad, está apenas en sus comienzos. Pensar, sentir y actuar de un modo universal, a la vez humano y cósmico, es la tarea de todo trabajador intelectual y manual, para los que la civilización técnica no es más que la expresión temporaria, evolutiva, de la cultura milenaria de la humanidad considerada, ésta, como un organismo unitario en el tiempo y el espacio.

Y eso, repito, a pesar de los desmentidos de la «historia», de las últimas guerras continentales y de las horrendas competencias termonucleares de las «Grandes Potencias», que, queriendo dominar al mundo —nuestro planeta y, hay que decirlo, los otros a conquistar en el infinito astral— arriesgan aniquilar a los «pueblos enemigos» y, con ellos, a sí mismos y a la humanidad entera.

No, no puedo estar de acuerdo con lo que vaticinaba el profesor mexicano A. L. Herrera (que fue uno de los más activos integrantes de la Asociación internacional biocósmica). La especie humana —decía— está destinada a perecer «como una caravana que camina, inevitablemente, hacia la Nada...» El humanitarismo, que es el primer peldaño del concepto de la solidaridad biocósmica, nos presta la fuerza moral para resistir: para apartar las insinuaciones de las negaciones bélicas, catastróficas, y para vencer esa exasperación fomentada por la sangrienta barbarie técnica de esta época, proclamando nuestros ideales de cooperación pacífica y de fraternidad creadora. Todo depende de la conciencia y la voluntad individual, para realizar estos ideales, lentamente, pero también con seguridad en una minoría de iniciadores, de precursores decididos. Y despertando así las cuerdas durmientes de la solidaridad y del amor, vendrán también los demás, las muchedumbres, hacia la luz de la verdad: de la vida, unitaria e imperecedera en su esencia.

La verdad y la mentira...

De Unamuno a Benavente

(CONTINUACION)

Lo cierto es que si los políticos republicanos, con los marxistas y los «ingenuos e incautos» revolucionarios, hubieran logrado, en la zona antifranquista, dejar el Pueblo sin moral revolucionaria —lo lograron en parte—, impidiéndole realizara, por propia iniciativa, avances sociales, económicos y culturales, experimentar, en fin, sus nuevas ideas, las libertarias, al margen de toda influencia política, su resistencia armada en los frentes hubiérase derrumbado, en seguida o al mismo tiempo que se derrumbaban sus ideales. Felizmente la moral revolucionaria de carácter humanista, anti-autoritaria y antidictatorial, por lo tanto, es la que predominaba en el movimiento antifranquista, la que alentó a los libertarios y al Pueblo a combatir, cerca de tres años, hasta el final de la contienda que un día u otro se reanudará y acabará por barrer a la anti-España del suelo español.

Sí, «señor» Alfonso Junco, con todos los benaventianos del franquismo: el **Movimiento Libertario español** no lo constituían ayer ni lo constituimos hoy, hambrientos sin ideas, sujetos movidos por el odio, por la envidia ruin, tan común en el mundo autoritario que la cultiva, y por la miseria que, aprovechando cualquier revuelta o motín, más o menos justificado, quedan satisfechos cargando, una o más veces, jamones, panes, arroz, zapatos, garbanzos, patatas, etc., de las tiendas de enfrente o de la otra calle: éramos y continuamos siendo revolucionarios conscientes y con conciencia en el más hondo, amplio y buen sentido de las palabras.

Sépanlo cuantos individuos humanos lo ignoran, simpatizando o no con las ideas libertarias: en la media España que el antifranquismo batió a los ejércitos fascifranquistas casi en el instante mismo que se alzaron en julio de 1936, la C.N.T., la F.A.I. y las J.J. LL., que constituyen el **Movimiento Libertario**, contaban con **trece diarios** y **cincuenta y nueve semanarios** de gran formato. Al único **Congreso de Prensa Libertaria** que se celebró, durante la Revolución, en 1937, en Barcelona, en la «Casa C.N.T.-F.A.I.», concurríamos delegados de las Redacciones del precitado número de publicaciones. (El que escribe asistió al mismo como director del semanario *Ideas*, de ocho páginas, portavoz del M. L. de más de treinta pueblos de la comarca del Bajo Llobregat, considerada la más revolucionaria de Cataluña). Sin contar las revistas, cuyo número no recordamos, y los Editoriales que editaban, permanentemente, folletos y libros sin subvención gubernamental —con su oposición más bien— y sin anuncios comerciales de ninguna clase por ser vehículos de buena cultura.

¡Ideas! Sólo nuevas ideas se publicaban. Para sostener tan intensa y diaria propaganda de ideas libertarias, que no permitían el desarrollo eficaz de la realizada por los stalinistas, con ideas éticas e intelectuales muy inferiores a las nuestras, y tampoco la insulsa y gastada de los demás viejos y «nuevos» partidos políticos, imaginen los «Junco» de todo el orbe, y las buenas personas ansiosas de paz permanente, con cuántos cientos de miles de lectores, de humanistas libertarios y de simpatizantes del anarquismo contaban los diarios y semanarios del **Movimiento Libertario español**. ¡A pesar de la escasez de papel!

No nos extraña que al señor Alfonso Junco y a gran número de seres humanos de todo el mundo les sorprenda esta información que indica la influencia de los libertarios, con su prensa, en la vida del Pueblo hispano. No es de extrañar, repetimos, por ser el único ejemplo en el orbe, por desgracia para éste porque cuando los pueblos se decidan a pensar, a sentir y a obrar como la España libertaria desaparecerán las injustas desigualdades sociales, económicas y culturales entre los hombres, y no serán posibles las dictaduras y las guerras.

El **Movimiento Libertario español** es la nueva corriente social y humanista limpia de elementos políticos, opuestas a todos los autoritarismos que desde milenios están azotando a la humanidad con guerras cada vez más destructivas y mortíferas. Las ideas manumisoras de las libertarias parten del lugar geográfico donde empecemos a experimentarlas, a practicarlas, en 1936-39, en gran escala: de España, de la misma España que hace siglos partió también el cristianismo que invadió América con fuerzas armadas que utilizó para imponer sus doctrinas políticas religiosas. Es lo nuevo que viene a sustituir a lo viejo que sólo mal ya puede hacer: lo nuevo que, como dice Miguel de Unamuno, prefiere «convencer a vencer», el mundo nuevo que está germinando, según el eminente vate Ezra Pound, que dará fin a los «errores y a los horrores» del actual mundo autoritario.

Si los políticos y religiosos de todas las clases no estuvieran tan maleados y desequilibrados por el ejercicio autoritario comprenderían que los libertarios, que no perseguimos el poder ni el dinero, hoy más que nunca luchamos, con todas nuestras fuerzas físicas, mentales y morales, por el bien de toda la especie humana. Sin embargo, desde que esta nueva corriente ideológica humanista libertaria se inició, desde hace más de medio siglo, con más pujanza en la España Quijote, por motivos obvios, sus militantes somos los más combatidos, denigrados, perseguidos, encarcelados e inmolados

por los defensores de las tradiciones autoritarias, particularmente por las dictaduras rusa y la española capitaneadas, en nuestros días, por Krushchev y Franco, respectivamente.

La situación dramática y al mismo tiempo esperanzadora del Movimiento Libertario español es casi la misma, con respecto a persecuciones y a exterminio de sus militantes y simpatizantes, que la que en Roma, hace siglos, sufrió el cristianismo en sus principios con innumerables victimas y mártires. Decimos esperanzadora refiriéndonos hoy a los miles y miles de humanistas libertarios que cayeron y siguen cayendo, o siendo sacrificados, violentamente, en Rusia y en España convencidos que las vidas y la sangre generosa de los idealistas que sucumben defendiendo un ideal de humanidad nunca fue ni es estéril.

¿No es, pues, gran descaro de Benavente, de Alfonso Junco y de los que con ambos se solidarizan, decir que los libertarios y los demás sinceros antifranquistas no tenían ideas ni hablaban de las mismas siendo las que los impulsaban a defenderse y a iniciar nuevas formas de organización en la vida social? ¿Pero si son las ideas humanistas que se enfrentan a todas las corrientes políticas y religiosas que están arrastrando a la Humanidad hacia la guerra atómica que la aniquilaría!

Parece increíble que Jacinto Benavente creyera la barbaridad que propagó por América, y que continuó propagando al volver a la España franquista: que en la zona antifranquista no se hablaba de ideas habiendo él presenciado, desde el Hotel Colón, donde se hospedaba, cómo hombres armados con sólo sus ideas, sin armas en las manos la mayoría, por propia voluntad, espontáneamente, en mangas de camisa los más, alentados por su amor a la libertad, el más alto y bello ideal, lanzáronse contra las fuerzas uniformadas, vencíendolas pese a ser las que contaban con todos los pertrechos que guerra que existían en España.

Por otra parte, si según los precitados escritores y otros literatos tener ideas es sólo defender lo tradicional, el pasado, por encima de todo, entonces en vez de evolucionar, de avanzar, de cambiar y mejorar, involucionarían. Con todos los respetos que algunos literatos bienintencionados merecen les decimos que reculando reculando, retrogadando, paso a paso, tendrían que volver a las cavernas ¡cuando menos! Teórica y lógicamente es el único modo, a nuestro entender, de ser consecuentes con sus viejas «ideas», porque cada época tuvo su pasado inmediato que los conservadores del mismo, sus beneficiarios, en particular, siempre se resistieron a abandonar.

Benavente se atrevió a escribir: «No es preciso combatir ni desacreditar ninguna idea, para una propaganda en favor del actual régimen —se refiere al franquista— de España basta a conocer a sus contrarios.»

«En España ya sólo había dos clases sociales: las personas decentes y... las otras.»

Contestemos nosotros dando a conocer a sus partidarios más representativos o significados con el fin que el mundo comprenda quiénes somos, realmente, los opuestos al franquismo, a volver a la

Edad Meda como pretenden todas las fuerzas de la anti-España.

Nos atrevemos a afirmar que España es el lugar del planeta tierra donde mejor y más claramente pueden hacerse los contrastes más extremos de los valores humanos: de los **positivos** y de los **negativos** para la convivencia social y para el progreso en general de la Humanidad. Y decimos lo que todas las personas pueden comprobar: que la anti-España, que hoy está sometiendo, por la fuerza bruta, a la verdadera España, a la España del Quijote que pronto se liberará por su propio esfuerzo, tiene aventureros de mala indole y militares más sanguinarios y crueles que los que llegaron a México con Hernán Cortés y que los que le siguieron.

En efecto, España y la anti-España pueden hoy simbolizarlas dos mancos: el de Lepanto, Miguel de Cervantes Saavedra y el «Africano», llamado Millán Astray. Este generalote «africano», alcohólico y reaccionario, a causa de los balazos de indígenas marroquíes perdió un ojo y un brazo. Quedó «manco», pero de la cultura hispana, con contenido **positivo**, se ve tan separado como lo está del manco de Lepanto, del inmortal Cervantes, por el espacio y el tiempo y de todo lo humano extraño, absolutamente, a lo que representa el repulsivo manco «Africano». Y que nos perdonen las buenas gentes de Africa y hasta las malas por ser mejores que aquél. A Millán Astray apenas puede compararse con la fauna más feroz y carnícora del continente africano por ser el ejemplar animal irracional, con apariencia humana, más dañino y cruel que por dicho territorio pasó haciendo sufrir a sus habitantes horriblemente.

Es ofender, sumamente, al idealismo cervantino, a la España Quijote colocar a su lado el nombre de la bestia que ejerció en Marruecos del jefe del «Tercio Extranjero». Mas por mucho que nos repugne obligarnos el tener que hacer la comparación cabal entre los representantes genuinos de la **buena cultura** y los sujetos que simbolizan la mala «Kultura»: la que se estableció, de forma espontánea, rotunda e «inesperadamente», en octubre de 1936, en la Universidad de Salamanca, a la vista de todo el mundo, entre el rector vitalicio de la misma, Miguel de Unamuno, y la asquerosa y fea figura, por dentro y por fuera, del degollador de marroquíes y de españoles que, reclamado por Franco, volvió a España para proseguir la persecución y asesinato de hombres honestos de su propia nacionalidad.

Alegrémonos que con Cortés y compañía no pisaran tierra mexicana sujetos como Millán Astray y Francisco Franco Bahamonde. ¿Tipos tan crueles como estos dos quiere Alfonso Junco para México? Así es, y lo afirma al defender, con Benavente, sus nombres y sus acciones. Deseando tal monstruosidad, ¿cómo se atreve A. Junco a decir que ama a México? Ni pizca o mucho menos que nosotros que no hemos nacido en este hermoso país en el que tantas gentes hospitalarias hemos encontrado.

Dadnos a conocer los subordinados o colaboradores que elegís para llevar a cabo una determi-

nada obra y os podremos decir quién sois o cómo es el orientador, director o jefe de los mismos y qué persigue. Por otra parte, decidnos —o comprobado por nosotros mismos— que habéis hecho y que estáis haciendo y os diremos qué seréis capaces de realizar.

Alfonso Junco pone más de relieve su posición de servidor incondicional del régimen franquista al comentar y defender otros conceptos de Jacinto Benavente como el que sigue: «En nación alguna, en revolución alguna del mundo, se han juntado, para ignominia de un pueblo, hombres más desalmados, más incapaces, intelectual y moralmente; sin un destello de nobleza ni de espiritualidad», etc.

A Benavente y a Junco «el tiro les sale por la culata», porque no creemos que el ejemplo de la llamada «espiritualidad» de Franco-Astray sea el que más convenga seguir a México, a los individuos humanos ni a pueblo alguno.

El odio ciego los entendimientos de los escritores precitados que se consideran preclaros, a sí mismos, en su inmensa vanidad y egolatría suma. Lo prueba el hecho de llamar «desalmados, incapaces, innobles», etc., a los hombres que no pensamos ni sentimos como ellos olvidando a Miguel de Unamuno, a García Lorca, a Pablo Casals, a Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura, y a miles de españoles más valiosos intelectual y moralmente. Esto es lo que más vale — que Benavente, y ni qué decir tiene intelectualmente también muy superiores a Alfonso Junco cuyas letras pierden todo el valor que él cree tienen al quedar sin moral humana por estar al servicio del sátrapa que tiraniza al pueblo español.

La inferioridad militarista de Franco no le ha permitido ni le permite ya extender su dominio sobre otros pueblos como la Rusia actual, por ejemplo. Por el contrario: la orgullosa casta militar hispana ha quedado dependiendo de la ayuda «interesada» del Tío Sam profector de gobernantes y de dictadores que le faciliten la «pacífica» invasión militar o su subordinación y la explotación de los pueblos que aquéllos gobiernan a las buenas o a las malas. Sin embargo, la anti-España gana al régimen dictatorial ruso en ejemplares desalmados, bestiales y asesinos como Millán Astray y sus afines. Kruschév hoy como el stalinista Beria de ayer resultan pálidos a su lado.

Señor Alfonso Junco y demás señores que con usted coinciden: el tipejo Millán Astray, ya desaparecido, no quedó bizco ni manco por accidente o por casualidad, quedando tan deformado y feo como deformada y fea, horriblemente, era su «Psiquis». Su tan horrorosa apariencia física la debió a los moros. El profundo odio que los habitantes de Marruecos sentían por este general franquista, beodo y reaccionario, que tan ferozmente los perseguía, los torturaba, los destruía y los mutilaba por defender la independencia del suelo que los vio nacer, sólo logró dejarlo sin un ojo y sin un brazo. No pudieron tener la satisfacción de acabar con él; pero lo dejaron con la figura física que expresaba lo íntimo de su ser dañino, monstruoso.

¿Por qué Millán Astray era tan odiado por los indígenas marroquíes? Entre otras cosas terribles

por algo, en particular, que sólo recordarla produce horror: porque a los soldados del «Tercio», maleantes, viciosos y expresidarios, delincuentes y criminales, de la peor ralea, a los que no les pedían cómo, en realidad, se llamaban, ni averiguaban de dónde procedían, a esa escoria de la sociedad o, mejor dicho, del mundo autoritario, los obligaba, de vez en cuando, a degollar cabezas de los moros, caídos en acción de guerra y las de prisioneros, y a clavarlas o ensartarlas en las bayonetas de sus fusiles. Así las paseaban por cábilas y zocos diciendo: «¡Para que sirva de escarmiento a los moros rebeldes!» Repetían el grito selvático de Millán Astray, del mismo militar que en la Universidad de Salamanca pidió la cabeza del rector de la misma gritando: «¡Muera la inteligencia, viva la muerte!»

Esta es la civilización, de la espada y la cruz, y los argumentos «convincentes» que Franco, Silvestre, Queipo del Llano y todos los generales monárquicos llevaban a Marruecos; esa es la «Kultura» que Millán Astray rugió en la Universidad de Salamanca nos darían a los mismos habitantes de España que amamos la libertad por encima de todo; esa es la «Kultura» que hoy darían a México y a todo el mundo si los fascizifranquistas pudieran dominarlo. ¿Puede el señor Alfonso Junco continuar defendiendo tal civilización y tal «Kultura»? Y conocidos sus defendidos del franquismo, ¿puede decirnos cuáles son, en España, los sujetos «desalmados», «las personas decentes... y las otras» de las que habla Jacinto Benavente?

Hoy las características represivas y asesinas del militarismo español con todas las experiencias liberticidas obtenidas hasta el presente, al verse reducido a actuar casi solamente en los límites geográficos hispanos, multiplicados y afinados sus métodos de exterminio los aplica contra sus propios connacionales.

No extrañe a nadie todo el bestialismo que Millán Astray, Franco y demás secuaces retrógrados desencadenaron en Marruecos y en la misma España. Estos con los marroquíes hicieron lo que no se atrevieron llevar a cabo sus antecesores, hace siglos, con las cabezas de los mexicanos: ensartarlas en las bayonetas de las armas largas de los soldados de la monarquía hispana que luchaban contra las fuerzas populares que seguían a Hidalgo, combatiendo por la Independencia de México.

No está demás recordarlo para que se compruebe que los militares de hoy, en España, como los que desde ésta ayer fueron a México son los «misos perros rabiosos con diferentes collares». Efectivamente, durante la colonia Calleja, al mando de fuerzas de la anti-España, en noviembre de 1810 reconquistó la ciudad de Guanajuato. Había decidido desencadenar feroz represalia contra el Pueblo insurgente. Movido por la venganza y el odio hacia la población que se defendió del invasor Calleja ordenó, como es sabido, «tocar a degüello general». Por todos los rumbos de la ciudad los militares monárquicos cercenaron hasta cabezas de muchos mexicanos que no habiendo intervenido

(Sigue en la página 4489.)

Libros de Alcurnia

«Doce capitales» de Eugen Relgis

PENSAMOS volver a insistir sobre la obra de Eugen Relgis, el antitotalitario escritor rumano actualmente exilado en Montevideo. Por ello debe estimarse el presente comentario como un esbozo de lo mucho que se puede decir —y se tiene que decir—, sobre el apretado contenido de este libro que exige una lectura meditada, una mente abierta hacia todos los horizontes posibles del hombre y la humanidad, una satisfacción de conocimiento profundo de la armonía que vibra en los corazones liberados y en los caracteres esforzados que por sus páginas circulan, como si el autor se encontrase, también entre nosotros, incansablemente dedicado a auscultar los más íntimos latidos de nuestra sensibilidad humanizada. «Doce Capitales» (Peregrinaciones europeas), Ed. Humanidad, Montevideo, 468 páginas, 1961, se destaca como un estudio cumbre respecto a lo que en los diferentes terrenos de la paz, la cultura verdadera, la ciencia al servicio del bien y la técnica, lo mismo que la literatura destinadas a engrandecer al ser humano, planetariamente unificado para su elevación sencillamente natural, pueden lograr las minorías adelantadas cuando se disponen a permanecer en la brecha abierta de sus actividades por el buen camino precursor.

Los caminos de la paz son innumerables: he aquí, de la página 164, la opinión que espontáneamente expresara un pacifista europeo, durante una controversia con el socialista Kautsky, que Relgis nos resume así:

«Una huelga general es mucho más eficaz, más drástica que una guerra civil —contestó el pacifista—. Los brazos caídos tienen otra fuerza que la de los fusiles. Ellos no matan. Paralizan el organismo social y sólo ellos pueden ponerlo de nuevo en movimiento... Aquí reside el núcleo del problema. Tenemos que reconocer, finalmente, que existe un método distinto al militarismo, para la defensa de los intereses de una colectividad. No se puede cambiar nada de manera definitiva en los Estados que proclaman su «voluntad de paz» en las conferencias diplomáticas, hasta que una nación no tenga el coraje de desarmarse la primera entre todas, ofreciendo así un categórico ejemplo de consecuencia y confianza. La nación desarmada se coloca de este modo bajo la protección de la

(Viene de la página 4488.)

en la lucha, creyéndose a salvo, salieron a presentarse, por calles y plazas, la entrada de los invasores. Por otra parte, gran número de los prisioneros fueron colgados de las horcas que Calleja ordenó levantar por todo Guanajuato. Se esforzó por humillar y atemorizar a sus habitantes que, horrorizados, se resistían a creer lo que veían, lo que no tenían más remedio que aceptar como atroz realidad.

F. OCAÑA

(Continuará.)

opinión pública mundial. La fuerza moral ya no es un mito, en esta época de interdependencia económica, técnica y cultura... Algunas guerras coloniales han sido impedidas porque los trabajadores de Inglaterra, Francia, etc., rehusaron cargar los barcos con cajas de municiones... La desmilitarización del proletariado no significa su «desarme», sino la adopción de otro método de lucha: el de la negativa de forjar, transportar y manejar las armas homicidas. Esa es la verdadera resistencia contra la violencia organizada...»

Y aunque sólo sea como un decidido testimonio antibélico, muy de actualidad, veamos de la página 151, lo que pensaba sobre el inmediato porvenir el «animador del grupo anarco-comunista de Austria» y director de *Erkenntnis und Befreiung* (Conocimiento y Liberación), el gran sociólogo Pierre Ramus —fallecido el 27 de mayo de 1942, en alta mar, cuando viajaba como refugiado a México—, a quien Relgis había entrevistado con anterioridad a la trágica odisea de Ramus a través de Suiza, Francia, España, Marruecos, etc., perseguido por las furias del totalitarismo:

«Para mí, la revolución social significa solamente aquella transformación de la sociedad, que hará desaparecer de su seno cualquier institución fundada en la violencia y traerá de este modo la liberación de toda la humanidad, salvándose especialmente los trabajadores, de la esclavitud del monopolio y de la autoridad. A esto se puede llegar sólo por el anarquismo, en una sociedad sin Estado, es decir, en una estructuración antiautoritaria —en anarquía— que representa una organización social de no-violencia. Esto se podría realizar solamente si la humanidad se sirviera, para obtenerla, únicamente de aquellos medios que la saquen de su esclavitud y no de aquellos que desencadenan de nuevo la violencia y la autoridad... En lo que se refiere al futuro inmediato de la humanidad, soy de la opinión de que la humanidad o realizará un orden social de no-violencia, o, considerando sus componentes de hoy día, la misma se desmoronará en una nueva guerra mundial...»

Empero, veamos aún otra opinión al respecto, no ya de un anarquista o de un pacifista calificados, sino la que durante una de sus interminables correrías o peregrinaciones tras los amplios caminos de la paz, manifestase a Relgis un veterano oficial de Ejército, por cierto que ya jubilado entonces (pág. 83):

«Yo —me dijo con bondadosa ironía Felipe Sklonkoff—, no tengo necesidad de apurarme. Me causa hasta placer perder el tren y tener que esperar otro, deambulando en este mundo antes de abandonarlo en el último viaje... Después de todo lo que me ha dicho, supongo que sus ideas le han inducido a hacer un viaje por esa Europa revuelta, ensangrentada y agotada por la guerra, como si ella hubiese sufrido un parto monstruoso. Tiene usted razón. Hace falta pioneros de la paz, para que unan a los pueblos. ¡Digo mal! Los pue-

blos son pacíficos, mientras sus dirigentes mentirosos no los azuzan. No hay fuerza más cruenta que el letrado demagogo y el politiquero que berrea detrás del seto de bayonetas, al lado de los cañones del orgullo nacional. Eso se lo dice un oficial, un veterano que ha tomado parte en dos guerras. Hoy es indigno, es repugnante glorificar la guerra, la que de ninguna manera es una lucha justiciera, una lucha pecho a pecho, sino un crimen anónimo, un asesinato en masa, preparado con la ayuda de la ciencia. Prefiero ir de caza a cobrar algunos patos silvestres o zorros astutos. ¡Pero cazar hombres con granadas, con bombas, con aviones...! —Y el anciano se aleja lentamente a lo largo del muelle.»

«Doce capitales» merece especial atención, entre varias razones, por ser la obra belgiana que completa una larga serie —más de una treintena—, de libros editados en tierras americanas y destinados a servir de faro entre las tinieblas de las ambiciones guerreras, de los dolorosos afanes humanos bajo la atroz tormenta de la injusticia, la inicua explotación del hombre por el hombre en todas sus formas y la incompreensión y desarmonía colectivas que todo ello acarrea al seno de un mundo amenazado por el terrible peligro de una nueva conflagración mundial, mucho peor que las que últimamente se sucedieron y de cuyos esfuerzos por evitarlas son prima estas páginas candentes que no deben faltar en la biblioteca de todo ser humano que se estime con derecho a laborar para impedir la nueva hecatombe.

Lo que más sorprende en estos momentos de crisis humana es que obras de la envergadura, la amplitud y la talla constructiva de la que nos ocupa, puedan pasar semidesapercibidas en ciertos círculos que se insuflan la categoría de progresistas y bienhechores. Pareciera que existe un decidido propósito de ocultamiento de la realidad Hombre, ambiente y posibilidades sociales que induce a escapar de las irradiantes llamas de la plenitud, para ocultar el miedo entre los soporíferos vapores de las nebulosas inconsistentes e inconsecuentes a la vez, por cuanto se conceden larguísimas parrafadas y extensos espacios a la exposición de obras muchas veces débiles, y algunas veces fuertes por los derroteros de la retrogradación, en tanto a los escritos que verdaderamente pueden ayudar, cuando toda ayuda es poca, y dar a conocer el pensamiento y la acción de los que solitariamente meditan y plantean los más hondos problemas, o se reúnen en pequeños grupos para aclarar más lúcidamente el pensamiento de cada uno y de todos, estas obras o escritos —de entre las cuales forma la presente en primera línea—, son tozudamente «dejadas de la mano» por los que tienen la facilidad y el deber de salir en su defensa y propagación, si es que de verdad desean cumplir con los postulados de que se proclaman paladines. Si lo anterior es reproche, sea. Pues se hace preciso reprochar, más ahora que nunca, las actitudes falseadas, las posiciones dudosas y los métodos que no concuerdan con las necesidades del presente espanto en que la humanidad se debate frente al abismo totalitario o simplemente autoritario.

No obstante, todo eso no nos conduciría a ninguna parte —no hay peor sordo que el que no quiere oír—, y nuestra preocupación ha de sentir la mano solidaria que la conduzca hacia una meta de superación. Es por tanto obligado echar momentáneamente en el olvido el propio olvido que de sus responsabilidades no pocos hacen gala, para decir sin tapujos de dónde parte y hacia dónde se eleva la esencia de la exposición belgiana en este libro: ella parte de la raíz neta del hombre considerado como ser naturalmente constituido para pulimentar las duras aristas que una existencia artificial y desequilibrada va formando en sí mismo, si no hace constantemente por superarse. Y ella se eleva hacia las más altas cumbres de posibilidad armoniosa entre todos y cada uno, organizados razonablemente en un conjunto capaz de desentenderse en forma definitiva de los mitos y las rancias falsificaciones de la realidad que a través del tiempo han ido adquiriendo cuerpo de ley en el seno de todos los conglomerados particularistas que colocan obcecadamente por sobre los íntimos anhelos, espúreos sentimientos que, aparentemente respaldados por algunas aspiraciones honestas, no son otra cosa que cercados de tipo animal y esclavista, desde donde unos grupos «raciales», «culturales», «políticos» o «nacionalistas» miran no solamente de reojo, sino que con odio a los otros grupos, por el simple hecho de ubicarse unos centímetros más allá en el espacio y el tiempo.

Así, pues, la tendencia benefactora de este libro, como todos los de Belgis, es la verdadera Paz entre los hombres. Paz que no podrá conquistarse sin la previa dedicación consciente de una cantidad suficiente de individuos que sepan comprender. Y para ello el autor nos reproduce infinitas escenas desconocidas por la mayoría y latentes en todas partes en el corazón de los hombres y mujeres sensibles, las cuales nos va ofreciendo en una forma, amena y profunda al mismo tiempo, que no cansa, y que educa y robustece la confianza del lector sincero, confianza en el sentido de que los esfuerzos, grandes o pequeños, en pro de la libertad y la justicia —de las cuales la paz es uno de sus más firmes puntales—, nunca son estériles, no obstante que los muchos obstáculos que el fanatismo oscurantista y la fuerza al servicio de la sinrazón a veces hagan suponer lo contrario. Pero con lo dicho no pretendemos siquiera dar una somera apreciación del contenido monumental de esta obra pacifista y humanitarista en el más amplio sentido. Ello sería muy difícil pretensión. Es nuestra finalidad ciertamente modesta a este respecto. Nos conformaríamos mucho si las presentes líneas sirviesen de introducción a un concienzudo estudio sobre tan ejemplar materia y de una obra sobre lo cual dejó dicho en el prólogo, el sabio Han Ryner: «En cuanto se han leído tres o cuatro capítulos, se adivina que el conjunto constituye, tan bella como bienhechora, una obra única.» ¿Acaso no es suficiente ahorro de palabras por nuestra parte, una opinión tan decidora, acreditada y responsable?

COSME PAULES

«LOS SUBAMERICANOS»

por Campio CARPIO

E S un nuevo libro de Víctor Alba, editado en 1963 por Costa-Amic, de la ciudad de México. Integra un volumen de 325 páginas. El autor es ampliamente conocido en el ámbito social y literario americano, particularmente por diversos y enjundiosos estudios sobre el panorama de nuestro mundo convulsionado. Es español, nacido en Barcelona, patria ideal de Ferrer, Tárrega del Mármol, Gaspar Sentiñón, José Fanelli, Anselmo Lorenzo, Angel Pestaña, el tempestuoso Noi del Sucre y una generación idealista que en un siglo hizo palpitar a España con sus inquietudes. Y eso fue solamente el comienzo, el preludio de una promesa.

Víctor Alba tenía 15 años cuando advino el nuevo régimen republicano en la península, de manera que le salió la barba al calor y fuerza explosiva de los sucesos posteriores. Sus ideas, como a todo buen hijo de España, le maduraron en la cárcel del régimen de donde, inmediatamente que fue puesto en libertad, salió como disparado para radicarse en Francia, en 1946, uniendo el futuro de su suerte a la del ejército de los exilados conquistadores del nuevo mundo, que los ha conquistado, asimilado, transformado, universalizado. En 1947 fijó su residencia en México.

En los dieciocho años posteriores ha publicado Víctor Alba más de 30 libros en castellano, francés, inglés y catalán, pero no en ruso, todos ellos sobre el drama caliente del universo mundo, comenzando por el insomnio e Historia de las Repúblicas Españolas, Historia de las ideas sociales contemporáneas, y desde diálogos sin testigos hasta la muerte falsificada, los supervivientes y la vida provisional. En otro orden de ideas, se ocupa del industrialismo, la autarquía y división del trabajo; historia del dinero y esquema histórico del movimiento obrero en América latina. Desde las nuevas fuerzas latinoamericanas hasta coloquio en Goyoacán con el gran Rufino Tamayo, el caso húngaro y Extremo Oriente con sus lecciones en aquel mes trágico, hasta el liderazgo en el movimiento sindical, el misterio del caso Pasternak y un mexicano atlas de viajes. Luego, Latinoamérica un continente ante su porvenir, la historia del Frente Popular, congresos del partido comunista en Latinoamérica, el militarismo, su ascenso y posición tecnocrática, los generales y los personajes y la historia general del campesinado, del clan al latifundio.

Como se observa, una multiforme enciclopedia de temas tan variados como complejos que solamente una joven, robusta y disciplinada mentalidad puede abarcar y defenderse para salir con victoria de cada más intrincado problema como Víctor Alba aborda. Además, colabora nuestro hé-

roe en numerosas revistas de orientación social, y de ambas Américas y de Europa. En 1955 fundó en México la revista documental «Panoramas», que ya creó un prestigio mundial en su género y actualmente dirige el Centro de Estudios y Documentación Sociales en la capital azteca. El libro «Los subamericanos» constituye la expresión de un pensamiento y una experiencia de Víctor Alba en tal variedad de conceptos que ofrecen una imagen sucinta de su labor.

«Los subamericanos» impone el convencimiento de los países subdesarrollados de la comunidad latinoamericana, no tan solo en el aspecto económico, sino en la totalidad y concepción universal. Algunos de los ensayos han sido rechazados por publicaciones continentales, por entenderlos quizás demasiado veraces.

Víctor Alba sostiene que él está con el pueblo, porque es pueblo. Sus ideas importan una remoción de conceptos sobre la integración vertical, la misión y ocasión para la clase media, la industrialización que podría interpretarse como intención vacía por lo estrecha y contrapuesta. Agrega Víctor Alba que no siendo político ni militar aspirante a político está en el deber de estimular el momento presente que es una fortuna puesta en nuestras manos para el porvenir con el auxilio que resulta de la Alianza para el Progreso, ya en metálico, ya como aporte de capital técnico en el afán de revolucionar pacíficamente la mentalidad arcaica de algunos estratos latinoamericanos al margen de los subterfugios y críticas de los políticos y sociólogos adversarios que ven en el triunfo de este programa su propia derrota.

Barajando los recursos de que Víctor Alba echa mano, se enfrenta a las fuerzas paralizadoras del progreso, que tratan de afianzarse en un nacionalismo híbrido, utilizando la táctica del apoyo crítico latinoamericano, poniendo obstáculos a la unidad continental y denunciando los procedimientos falsificados esgrimidos por el comunismo dictatorial, que explota el caso de Cuba en su interés y al margen del problema cubano y de sus hombres, con el peligro que siempre han inspirado a estos pueblos jóvenes las clases y los tecnócratas militares.

Finalmente, el autor enuncia las fuerzas de acción que sirven de valla al crecimiento de tales fines. Entre estos baluartes, Víctor Alba enumera al movimiento obrero auténtico, liberado de la politiquería y la burocracia. Señala la derrota del líder, ese fenómeno politicante y traficante que se adaptó lo mismo en el campo que en la ciudad y proliferó en los fondos sociales. Concibe un sindicalismo latinoamericano, no para la oligarquía financiera ni para el capitalismo medioeval, ávido

de la ganancia siempre mayor al costo menor con superior sacrificio de los explotados, sino de un sindicalismo para la era atómica, ubicado y actuando ya hoy en el ambiente del siglo próximo. Habla de la ideología de ese movimiento sindical que ya opera con indiscutida gravitación en la vida moderna y que en el futuro tendrá que asumir la responsabilidad productiva de las naciones. Los sindicatos de planificación, las ideologías predominantes y el proceso de las corrientes veloces hacia el futuro que envuelven a la juventud ante los ojos ciegos de los potentados, gobernantes, militares embobados por la política y religiosos que continúan vegetando en la edad antigua.

Con arrobante abundancia de juicio, Víctor Alba discurre apasionadamente como un producto lógico del medio americano, con esa euforia provocada por el torrente de la sangre que lo mantiene como sobre ascuas. Se extiende en consideraciones de acelerada aplicabilidad, valiéndose de los elementos a nuestro alcance, cual si hablara para un auditorio de 200 millones de personas. Y en la mayoría de los casos, sus teorías se limitan a entidades infinitamente menores, que tienen sus problemas particulares y maneras de resolverlos con cartabón propio.

América latina es una unidad integrada por reducido número de naciones que gravitan en su medio por extensión territorial, riquezas naturales, posición geográfica y poder industrial. Estas entidades ya se desenvuelven dentro de un panorama en contacto con los elementos predominantes del siglo. Pero los países de extracción menor, que no han podido redimirse de su dependencia, tienen la libertad como fantasía de la aventura humana. Y es ahí donde hay que calar hondo, donde la explotación inhumana se acentúa con regímenes patriarcales, dictatoriales que son feudos del capitalismo soberbio. De aquí emerge como tremendo coloso el inframundo que disocia las ideas y las buenas intenciones. Cualquier ayuda colectiva siempre beneficia al sátrapa, al potentado, al cardenal, al aprendiz de brujo y sumerge a la comunidad.

El drama de América latina descansa en su inmensa riqueza, que el capitalismo quiere absorber a toda velocidad. Combinaciones financieras, comerciales o de cualquiera otro tipo, dolor o especulación que produzca dinero, sin entender que debajo de esa capa traginante y traficante hay un pueblo que decide, aunque no actúe. El enriquecimiento veloz por saqueo, falencia o engaño son típicos y entran en el marco del derecho que asiste al habitante en el régimen democrático de libre empresa para el capitalista, de comercio libre e ideas modernas del panorama mundial de las que espera sacar el mejor partido.

Todo esto es fácilmente asimilable en el libro de Víctor Alba, con esa triste realidad que presentan algunas zonas continentales donde es fácil levantar viaje con el producto de la piratería, poniéndolo a salvo de la acción judicial en bancos continentales o europeos. La contrapartida se resume y concreta en la paupérrima clase proletaria, hu-

milada y hundida por ausencia de medios económicos.

Entre esta clase empobrecida y la burguesía terrateniente e industrial, que encuentra muy legal apoderarse del botín y largarse froteras abajo, hay un abismo. Víctor Alba señala que podría llenarse ese vacío con la clase intermedia de elementos activos, compuesta por técnicos y científicos, profesores e integrantes de profesiones liberales. Pues, siendo ellos los dueños de los medios de producción, podrían asumir las funciones de dirigir la sociedad latinoamericana si un ideal los inspirara. Pero hay ausencia de principios. Su norte no está perfectamente definido. Aparte, el virus del comunismo ha infectado ese campo, no sometido todavía al tratamiento sanitario de la libertad.

En la práctica, el comunismo autoritario no puede prosperar en América latina a no ser en ensayos aislados, como se ha intentado en algunas naciones continentales, con naturales resultados desalentadores para sus líderes y dirigentes, el más importante de los cuales ha sido el implantado en Cuba, por merced de la tolerancia democrática capitalista. Ese tipo de comunismo no ha sido confectionado para un suelo de producción abundante, de superproducción en espera de los medios mecánicos industriales para eliminar esa política tortuosa que deprime la mente de los economistas. Más bien el comunismo pareciera un pretexto favorable esgrimido como bandera por el capitalismo analfabeto para justificar sus tropelías.

Los ideales de la Alianza para el Progreso no se concretan en el dinero que podrá echarse a carretiladas en las cajas del Estado capitalista o de los financistas y terratenientes del régimen. Es indiscutible que el mundo social está en pleno desarrollo concretado en reformas de fondo, sobre todo en el orden de los bienes naturales como la redistribución del suelo para mejor aprovechamiento productivo; de la planificación industrial para intensificar los beneficios de un reparto justo y una expansión internacional; de la arquitectura gubernativa hasta en los resortes menores de la sociedad.

Los hombres tienen que acudir a este llamado del progreso impulsado por la acción de la iniciativa empresarial para no caer en las garras de regímenes dictatoriales. A esta tentativa de alto vuelo, quizás la más importante en este aspecto en esta última parte del siglo, hay que aportar ideas muy definidas, pues aun cuando no encierra ningún programa de socialización que pudiera interpretarse como revolucionario al conspirar contra los intereses del capitalismo, dicen claramente que el triunfo del sistema que se está aplicando señala una ruta por la que el hombre puede caminar libremente hacia el futuro.

El sistema capitalista tal cual lo entendemos en el panorama inferior de explotación simple, del hombre y las máquinas, ha terminado. La propiedad de la tierra se justifica solamente en orden de producción de cosas y objetos de uso colectivo. Que no lo olviden los que ordinariamente quieren oponerse con leyes y represiones al estallido de esa revolución en marcha que ya nadie puede evitar.

Ciento cincuenta años de independencia política ectúan por constituir el hogar de una inmigración que llegó hasta aquí perseguida por la justicia terrenal y celestial. El hombre no ha echado raíces en lugar hostil si no se le facilitan los elementos necesarios. En América latina, un hombre, una familia asentada sobre un pedazo de suelo constituye una fortuna para sí y para el país. Desde que se ha imposibilitado el derecho a la posesión de la tierra, se aceptó el trabajo de explotación como circunstancial y transitorio. Para muchos es producto de enriquecimiento, o de conquista para el magnate o aventurero que consigue un puñado de monedas y quiere multiplicarlas en esta explotación como en un golpe de banca. Esta clase de operaciones dudosas constituye el denominador común del poseedor de la tierra, fraccionada en enormes extensiones e improductiva por falta de amparo para el que la trabaja.

El militarismo no ha tenido tiempo para recapacitar sobre estas anormalidades. Imbuido de prejuicios políticos que jamás entendió por propia naturaleza profesional, en los últimos años se pudo entre el dinero de los puestos gubernativos que escaló para empeorar más la situación en que América latina se encuentra. Como cuerpo técnico, no tuvo siquiera el acierto de pensar que el régimen agrario imperante respondió a una necesidad de la colonia, pero que hoy está conspirando contra el progreso. La posesión de grandes extensiones de suelo tomadas al indio fueron cedidas en propiedad a generales y linajudos de la historia latinoamericana. Los más encumbrados terminaron poblándolas con animales. Los grandes estancieros, dueños de fundos y señores de varios apellidos son terratenientes que integran hoy la alta sociedad, originada en los establos. La incorporación a esa élite de la clase industrial y financiera es de fecha reciente.

Latinoamérica no puede sentirse segura con una familia desarraigada y dispersa, por virtud de un inadecuado régimen de la tierra que no guarda relación con el plan de crecimiento. En centros cercanos a pueblos importantes y rutas de comunicación existen extensiones enormes de tierras profundas destinadas a pasturas, agricultura menor o a ganadería. Otras a esta única finalidad, pero en estado virgen, pues el pasto surge por generación espontánea sin esfuerzo del hombre. Y en la Argentina, por ejemplo, la Universidad nacional graduaba apenas de 16 a 200 ingenieros agrónomos por año contra 8.000 médicos. Y estos ingenieros agrónomos no son lanzados a la conquista de la tierra, respondiendo a una vocación profesional, sino a un puesto burocrático de la política donde ordinariamente vegetan, se contaminan con la marejada social ciudadana y pudren por corrosión.

El hacendado dueño de la tierra sostiene que para producir carne barata necesita disponer de grandes fracciones de suelo, cual si ese razonamiento fuese el resultado lógico de algún proceso. Establecimientos existen que el titular siquiera ha pisado, no tiene idea de la variedad ni cantidad de animales que lo pueblan. Comúnmente, reside en

el exterior como los grandes terratenientes rusos en la época del zarismo o en las importantes ciudades del país. Cuenta con una administración que le facilita balances financieros por los que se determina si el año produjo rendimiento adecuado, pero sin detenerse a investigar de que manera podría hacerse mejor para obtener un mayor beneficio.

Este es el consenso general en ambiente argentino, pongamos por caso, donde, al margen de la ausencia de brazos para intensificar la producción originaria del suelo, es preciso una acción amplia para redistribuir, en la condición que sea, grandes extensiones de tierra de cultivo. Aparte, es necesario contar con créditos para conseguir maquinarias, abrir rutas y organizar las tareas. De esa manera, vastas extensiones de suelo podrían recuperarse o incorporarse al cultivo en gran escala para explotaciones ganaderas tecnificadas, productos de granja en cantidades que hacen grandes a los pueblos de las colectividades modernas. El ideal está en el ánimo de las nuevas generaciones. Se necesita solamente enraizar al hombre latinoamericano a la tierra que ocupa, a su vivienda, a su calle y a su pueblo. El núcleo que él representa es el centro nervioso de la nación.

Bajo este aspecto, Víctor Alba ha puesto una pica en Flandes. Los potentados y grandes terratenientes, de estatura mental rutinaria entienden que cualquier régimen nuevo a que quiera someterse la explotación del suelo es revolución explosiva e incendiaria por los cuatro costados de la estructura nacional. Pretender alterar los enmohecidos patronos en que cimentan las instituciones, es tabú. Que se hable y escriba lo que sea; pero la propiedad, o sean los bienes inmobiliarios, comenzando por la tierra, son intocables. Cualquier reforma importa catalogarla de labor comunista. Víctor Alba considera que para lograr la transformación de base que latinoamérica espera, habrá que educar a los ejércitos, transformándolos en elementos de libertad y, de ahí en adelante, confiarles, por técnicos principios lógicos, la transformación económica del suelo.

Un comunismo capitalista de tipo soviético no será posible en latinoamérica. Las condiciones tan especiales del continente, los recursos inagotables no son para aventureros, sino para hombres de trabajo que quieran crear fortuna. Cualquier transformación con método de cooperativismo, de socialización o de cualquier otro sistema que contemple los intereses de todos, se ha visto que no pueden lograrse a puntapiés de ningún dictador. Sin embargo, que la burguesía agraria e industrial lo entiendan. Si no nos prestamos de hecho y voluntariamente para una acción revolucionaria de fondo, aprovechando lo hecho en interés colectivo, alguien vendrá para hacerlo discrecionalmente.

La industrialización sin planificación de América latina ya es problema superado. Las ideologías de la juventud tienen rasgos comunes, ajenos a los desacreditados partidos políticos, religiosos y militares. Lo ensayado hasta aquí, con abusos de poder y discrecionales medidas para el bienestar general, hacen tabla rasa con medio siglo en el

LA VIDA Y LOS LIBROS

«EL ANARQUISMO Y LO REAL»

por Ch.-Au. Bontemps

(Ediciones de «Les Cahiers Francs». París, 1963)

Este ensayo no es una historia crítica del anarquismo. Su objeto es muy otro. Yo he querido proyectar una perspectiva sobre un devenir posible del anarquismo tal como yo lo concibo, después de algunos cincuenta años de reflexiones sobre las comprobaciones de carencias frente a éxitos tales como el sindicalismo y el federalismo de los cuales se ignora demasiado los orígenes libertarios, sin omitir la geminación de la escuela, la maternidad consciente y la contracepción, surgidas de un Auguste Forel, de un Paul Robin, de un Havelloch Ellis, de un B. Russell y de sus émulos.

Si las perspectivas que expongo tienen el inconveniente de serme en parte personales, al menos en sus motivaciones actuales y en un concepto de vida racionalista que tiene un gran lugar en este estudio y que lo concluye, reposan sin embargo en el fundamento de lo mejor que nos han dejado los pioneros del anarquismo y que ha resistido al desgaste del tiempo.

Adquisiciones y rechazos son encarados de un modo global. No es por elecciones que algunos nombres a mi pesar han sido omitidos. Repito que no he escrito una historia que sería, además, incompleta y con errores como ha ocurrido con las que han aparecido, tan diverso es el anarquismo por naturaleza y poco propicio a conservar documentos a menudo comprometedores en los tiempos heroicos. Los nombres aparecen cuando son particular-

mente significativos del hecho considerado y pueden, por preferencia, ser citados en el pasado a fin de que nadie pueda darse por aludido.

Confieso de buena gana que mis reflexiones deben ser sin duda tanto al estudio «reactivo» de los filósofos y los sociólogos forasteros al anarquismo, que al de nuestros teóricos. Son también los polemistas con los cuales he controvertido tantas veces —particularmente con curas—, que me han hecho medir las fallas y notar ciertas incompatibilidades.

En la parte conclusiva de este ensayo: «El anarquismo y el destino», y en el penúltimo capítulo: «Perspectiva crítica de las religiones», yo me he particularmente inclinado a una coalescencia (fusión sería demasiado decir), de las tesis modernas de la filosofía científica y de la filosofía religiosa, sensibles en un Teilhard de Chardin, por ejemplo, bien que me parezca que, a pesar de sus conocidas intenciones, no concebir las antitesis que de manera a separar las síntesis en donde el cristianismo se perdería. Las conciliaciones sin duda no se inscriben más que en un porvenir alejado.

Desde ahora, las prospecciones podrían orientarse en este sentido puesto que, de una parte y de la otra, los derechos de la personalidad están afirmados, lo que implica la reciprocidad y la apertura del diálogo. Es en este espíritu que la última parte de la presente obra considera un racionalismo del anarquismo, el genitivo siendo, en mi pensamiento, significativo del antisectarismo.

Este libro ha sido escrito también en reacción a la opinión falsa según la cual el anarquismo no

«Los subamericanos»

(Viene de la página 4493.)

que se agotaron los maestros y quemaron los discípulos.

El medioeval régimen capitalista es totalitario por principio. En perspectivas de transformación fabricó una democracia de papel celofán que ofrece a las clases infrahumanas con distintos colores. Pocos recursos valederos le quedan para capitalizar a su favor que no entren en el socialismo auténtico. Los economistas contemporáneos ya han agotado las cataplasmas marxistas y regresan al colectivismo como único medio de salvar los restos de la ilegal propiedad privada. Los ensayos practicados desde hace un cuarto de siglo en Alemania occidental, Suecia, Israel, Suiza, Inglaterra, Australia y Canadá a la luz de breves experimentos llevados a cabo en España durante el período revolucionario, les obligan a reivindicar la herencia de la economía social.

Hace un siglo se ha dicho que el «proletariado solo tiene los grillos para perder». Desde entonces ha tenido que capacitarse intelectualmente, fundar diarios y múltiples publicaciones combativas y una vasta literatura para superar las barreras hidrófobas de dictadores y burgueses. Eso impidió resolver el problema fundamental que todavía pesa sobre el mundo. Una clase sumergida que se eleva sobre las dificultades para encontrar soluciones, y otra, la constituida por los dinastas, potentados, terratenientes, industriales y el rezago de la sociedad capitalista, que se convierte en lacra social.

La era atómica está creando valores nuevos en el panorama de la dinámica moderna. Con el pensamiento redivivo, que renace de su estancamiento, se reabre un capítulo muy interesante para la intervención del proletariado. El viejo conservadurismo así como las escuelas humanísticas de la escolástica burguesa, dieron todo lo que tenían y nos dejaron entre Roma y Bizancio. La clase trabajadora y la juventud latinoamericana, que creen todavía en los ideales, están pronunciando su mensaje en esta crónica de Víctor Alba.

Campio CARPIO

sería constructivo. No se constata que este prejuicio se funda sobre razones, entre otras las inconsecuencias que proceden de fórmulas más o menos inactuales. Sólo se trata de una crisis doctrinal como soportan todas las escuelas en la profunda revolución de las ideas que afecta a nuestro siglo. Es a esta crisis a la que me propongo remediar.

Temo que mis sugerencias acaso no sean del agrado de algunos de mis viejos camaradas. ¿Están tan seguros de su diapason? Yo no he cesado de constatar, en ocasión de polémicas repetidas —notablemente en el club del Faubourg en donde el público fue siempre muy diverso, cambiante y bien informado—, que un auditorio está constantemente abierto a las ideas libertarias desde que son objetivas y de acuerdo con lo real. La misma vivacidad de nuestras críticas es retenida por su franqueza, por lo que comportan de efectivo y de constructivo si no están basadas en función de un porvenir problemático —lo que en sí es otra metafísica— y si en la relatividad del medio en donde se debate la vida del hombre.

Mi objeto es dar a los jóvenes atraídos por el inconformismo, sin que éste retenga, razones para perdurar en una filosofía que los ha cautivado y cuya práctica los desconcierta. ¿Cuántos, durante un medio siglo de actividad, no he visto yo separarse de nuestra ruta y confirmar así el famoso: «A los veinte años todos éramos anarquistas»? A lo que yo respondo: «¿Quién no ha empezado a envejecer a los veinte años?».

Por consiguiente, es envejecer el arraigarse en venerados principios. Nada, para un libertario, exige que un principio permanezca *ne variatur* en un medio que no cesa de evolucionar, nada sino un atavismo de fidelidad abstracta recibido del cristianismo, un sentimiento condicionado de aversión frente al renegado, y sobre todo al renegado de buena fe, a ese acuchillador de dogmas.

Hay que haber tenido desde temprano las costumbres de no vivir detrás de uno para no ser encerrado en una herencia de maneras de pensar. Que se quiera bien considerar que si toda una vida se ha organizado a partir de una filosofía descubierta a los dieciocho años, que si uno no se ha dejado alejar de ella por las ocasiones de ascender ni por los reveses y si, a una edad muy avanzada, se continúa en la identificación con dicha filosofía, es sin duda que la adaptación pragmática que uno hizo de ella no fue sin lógica ni eficacia. Ella puede también valer para otros. Aunque solamente fueran una pléyade o un trío, ya sería bastante —si actúan y hablan en justicia—, para que el anarquismo, esa integración del individuo pensante, esté asegurado en su perennidad.

Ch.-Aug. Bontemps



El anarquismo y lo real es esencialmente, como lo precisa el subtítulo, un «ensayo de racionalismo libertario», un estudio de la condición evolutiva del hombre, a la vez en su medio biológico y en su medio social.

La mitad de la obra está dedicada a lo que fue el anarquismo y a lo que ya no puede ser más, a sus obras en el pasado y a su continuidad en el porvenir según los métodos nuevos inspirados por las lecciones de la historia. Se trata, según el autor llama un «individualismo social», a impulsar las evoluciones hacia un «colectivismo de las cosas y un individualismo de las personas», por una acción propia del anarquista que define como siendo una constante intervención en lo social «a la manera del fermento o la bacteria», por inyecciones de serum «a veces vivificante y tónico, a veces virulento», que «elabora células nuevas y disuelve las escorias».

Según esta concepción, el anarquista es un franco tirador que debe, voluntariamente, renunciar a la ascensión social. En esto, se sitúa en el orden de la primacía del espíritu, pero del espíritu fundado sobre lo real y lo psico-somático. Le es necesario pues y primero, construirse una filosofía fundamental, colocarse en el universo y determinar la condición de su destino. La segunda parte de la obra estudia los problemas analizando el origen y el carácter de las religiones, su evolución del totemismo a las religiones de la salvación.

La conclusión de este estudio sobrepasa al anarquismo o bien, si se prefiere, lo inserta en un contexto que concierne a todos los hombres en tanto que en él se define el problema de su destino.

Les Cahiers Francs



Los «Hogares Individualistas de Estudios Sociales» son grupos de estudio y de acción estrictamente autónomos cuyas actividades están concebidas a partir de las perspectivas preconizadas por Ch.-Aug. Bontemps en su libro *El anarquismo y lo real* y del cual se han extraído las siguientes proposiciones:

1º Primacía del individuo en defensa positiva en lo social.

2º Objetividad, lealtad, honestidad intelectual en un racionalismo relativo a lo real.

3º Acción individual (colectiva en ocasiones), en los múltiples organismos sociales de toda naturaleza, en vista de desenmascarar las astucias y las hipocresías, y preconizar las soluciones actuales más conformes al máximo de libertad compatible con los hechos en causa.

4º Accionar en el sentido de las evoluciones liberadoras en función del presente real y no de un futuro hipotético.

5º Iluminarse y documentarse mutuamente a fin de coordinar tanto como sea posible las actividades individuales y fundarlas sobre alcances confrontados y opiniones reflexionadas.

6º Formar a los jóvenes en el espíritu de las proposiciones expuestas, poniendo el acento en la negativa a la ascensión social en el sentido banal del término, y sobre la voluntad de un enriquecimiento del ser mediante la libertad del pensamiento y la formación del carácter.

7º Propagar nuestra filosofía mediante los medios que disponemos para escribir y hablar. ➤

II conferencia en Casablanca

por Muñoz Congost

(CONTINUACION).

Si abandonamos ahora esta perspectiva de la solución incruenta, cuyos horizontes han quedado netamente definidos, ¿qué nos queda? La acción revolucionaria, insurreccional permanente contra el régimen.

Si ésta se encuentra desarrollada por el hecho de consignas y aportaciones exteriores y provenientes del otro lado del telón de acero, movimiento tipo castrista, es indudable que en la acción insurreccional no puede faltar la acción de las fuerzas confederales aun y a sabiendas de que parte de las fuerzas integrantes del combate irán a la consecución de la supremacía por la coacción y el terror y a una posible eliminación de nuestras fuerzas tan pronto como los objetivos primeros sean logrados.

Peligro de carácter gravísimo, a él debemos prestar una atención permanente, ya que la lección de todas las revoluciones que fueron saboteadas por los representantes del comunismo de Estado, debe ser para nosotros un motivo de constante vigilancia.

La vida y los libros

(Viene de la página 4495.)

Los hogares son lugares —salas reservadas o bien cafés— en donde en determinados días los camaradas de un pueblo o de un barrio tienen la posibilidad de encontrarse con otros camaradas con el fin de hacer amistad y conversar sobre problemas de ética y estética, como así de sus preocupaciones y de sus actividades personales. Basta tres o cuatro parejas para formar un hogar atractivo. Misión de estos núcleos es organizarse y fomentar, según sus medios, discusiones abiertas en vista del reclutamiento de adeptos y, si son bastante numerosos, hacer reuniones más grandes de propaganda y de protesta ante el orden actual. Su misión será también igualmente organizar excursiones y reuniones recreativas, visitas a exposiciones, a establecimientos, etc., a fin de manifestar su solidaridad en el respeto absoluto de las ideas y de los gustos de cada uno.

Así se encuentran conjugadas la permanencia de una vida individualista en un medio afinitario y el objeto de las actividades sociales que no se encadenan con los conformismos sociales. Al mismo tiempo, la vida militante, al margen de la vida personal, sin ambiciones de vanidad, encuentra en sí su justificación y, por consiguiente, excluye las decepciones.

René Guillot

(Trad. V. M.)

Sabemos el poco arraigo que siempre tuvieron las tendencias comunistas de Estado en nuestro pueblo, ya que el partido no representó nunca una verdadera fuerza, ni aun con la incorporación de todas las fuerzas reaccionarias que en sus filas entraron en el periodo 1936-1939. Pero como no se trata ahora de hacernos ilusiones ni de querer ver los problemas con un prisma ilusoriamente optimista, habremos de coincidir en que en el caso de que tal movimiento se diera, nuestra acción debería doblemente violenta y vigilante, no abandonando ninguna de las posiciones obtenidas, sin hacer concesión alguna, ni aun en nombre del objetivo común. Contra la lucha sorda por la hegemonía que las organizaciones comunistas han de desarrollar, nuestra acción debería ser implacable y de conquista de posiciones que nos permitiesen en todo momento representar una fuerza superior, puesto que la somos a las apetencias de las consignas extranjeras.

Sabemos que entre nosotros y los comunistas no puede haber ningún punto de coincidencia fuera de la acción tras las barricadas o en la sombra. E incluso que en el curso de esos combates, la vigilancia no debe relajarse, pues conocemos la táctica de eliminación sistemática observada por los comunistas. Doble lucha contra el régimen y contra la traición emboscada en los aliados de un momento, el vigor de nuestra organización y su espíritu de lucha deberá mantenerse doblemente vigilante, en previsión de todas las posibilidades, de todas las maniobras.

Los últimos ejemplos de la revolución castrista, en que numerosos compañeros sucumbieron o se vieron encarcelados al afianzamiento de las fuerzas marxistas, debe ser para nosotros la imagen constante de la acción a realizar.

Por otra parte no queda sino la acción subversiva del propio pueblo español, el combate permanente contra el régimen que engendrará quizás víctimas inocentes, inevitable en toda acción revolucionaria, pero es la única solución con garantías de porvenir.

A quienes nos hagan resaltar la pobreza de los medios de que disponemos los hombres de la revolución española frente al potentísimo aparato de represión del Estado español, responderemos que no por esta consideración debemos abandonar esta acción que mantiene en el pueblo el sentimiento de su dignidad y la seguridad y la conciencia de que no se encuentra solo en medio de la inmunda charca de ambiciones y abusos en que vive actualmente.

El combate violento contra el régimen, la lucha que siembra la intranquilidad, esa conducta que señale al mundo que la tranquilidad y la resig-

nación no existen en el suelo español bajo la bota franquista, puede que retarde esa solución incruenta o la realización de ese cambio que internacionalmente se quisiera. Es posible. Pero aún y en la conciencia que así sea, ese combate es la garantía de que no se jugará con los intereses populares y de que si se intentara jugar con ellos, encontrarán frente a ellos las fuerzas irreductibles del porvenir.

Es al propio tiempo una verdad indiscutible que la persistencia del clima de combate ha de tener su repercusión internacional, que la lucha solo así puede crecerse. Hay una conciencia universal en la que la abnegación del pueblo hispano ha de hacer impacto y lo que hoy es ayuda más o menos relativa por parte de las organizaciones sindicales del mundo, puede ser mañana acción y aportación de orden considerable si dejamos constancia de nuestro desinterés y de nuestros objetivos sinceros.

Esta acción, para ser eficaz, necesita al mismo tiempo que su desarrollo permanente y creciente, con la aportación de todas nuestras disponibilidades de todo orden, una campaña internacional amplia y profunda, por todos los medios a nuestro alcance, en el que nuestros objetivos, nuestras intenciones, la razón de las mismas sean explicadas de manera clara a las masas laboriosas del mundo sin consideración alguna a ningún otro factor ni fuerza que sabemos de antemano frente a nosotros.

Nuestro campo de acción propagandístico no puede hacerse en los salones de la ONU ni en las antenas de las embajadas de países democráticos o no, de uno u otro lado de los telones de acero o bambú, sino a las multitudes productoras del mundo, los explotados del orbe, los que como nosotros sienten en sus carnes el peso de injusticias y abusos ancestrales. Su aportación solidaria, de boicots internacionales, de propaganda y de clamor de multitudes, puede conseguir más, mucho más, que las ilusorias esperas de los hombrecillos de los escaños parlamentarios.

Vamos pues a terminar recapitulando en pocas líneas las diversas posibilidades o que perspectivas que se ofrecen a nuestro pueblo y la acción a desarrollar en el supuesto de realización de cualquiera de ellas.

1º Referendum controlado internacionalmente, preconizado por una parte de los hombres de la llamada línea democrática española.

Lo consideramos una quimera. Quienes debieran controlarlo y apoyarlo, la conjunción internacional, estima que no ha llegado el momento. Aun no existe en el pueblo el cansancio necesario, ni las fuerzas políticas que se preparan al calor del régimen franquista se saben suficientemente influentes para ser decisivas. ¿Y qué daría? El referendum no podría más que dar una respuesta pro franquista u opuesta al franquismo. Como sabemos de la manera en que se desarrollan y se realizan estos referendums no nos cabe duda que los resultados serían determinados de antemano. Y en el mejor de los casos suponiendo que la respuesta

fuese por la sustitución del régimen actual... después ¿Qué?

Solución monárquico militar, como régimen de fuerza y de transición con aherramiento de la voluntad popular, manteniendo todos los privilegios, de todos los abusos, persistencia de las instituciones con otras etiquetas, permanencia de las fuerzas en presencia. Y en el mejor de los casos aceptación de la existencia a la luz pública de las fuerzas de la revolución.

¿Nuestra acción? La de siempre. Puesta en marcha del aparato sindical y del dispositivo de combate, pues con ello la crisis no habría sido sino aplazada, con la creación de un sistema que no haría sino prolongar los eternos problemas. Nuestra C.N.T. colocada en tal escenario se debería a sus viejos postulados de combate en todos los órdenes, acrecentando su pujanza, desarrollando su acción que no por tradicional es menos efectiva.

Resumen: Persistencia de la crisis.

LA INSTAURACIÓN DE UN REGIMEN REPUBLICANO

Inconcebible, pues de las fuerzas en presencia, la conjunción republicana es la más débil de todas. En España no existe una verdadera fuerza burguesa liberal y democrática. Frente a frente se encuentran las fuerzas del pueblo englobadas en las organizaciones sindicales y las fuerzas de la reacción, de la Iglesia, de la alta industria. La burguesía media, quizá de tendencia liberal, es un elemento pasivo y sin personalidad. Y a menos de que las fuerzas regresivas apoyasen la solución republicana, ¿con qué fuerzas contaría?

La sola fuerza de la conjunción es el Partido Socialista, y el mismo se encuentra en parte forzado por la presencia en sus filas de los militantes de la U.G.T. Pero ellos no podrían ser sino fuerza o elemento de masa. Sin la presencia de la burguesía acomodaticia a su lado no representan posibilidad ninguna de realización.

No despreciamos ni con mucho, la fuerza de los socialistas españoles, Pero sabemos de viejo, que son fuerza revolucionaria o de colaboración con quien fuere según las circunstancias y los balances del juego de predominio de sus líderes.

Por ello, y aun sabiendo que mucha de la juventud española siente hoy sus simpatías hacia este movimiento, estamos convencidos de que esta simpatía obedece más que a un principio a una necesidad de «algo que libere» que al conocimiento de la línea política imprecisa de nuestros amigos del P.S.O.E.

Y el conjunto que diese vida a esta República habría de ser igual o parecido al de la segunda República española, con el agravante de que las fuerzas de derechas representantes de la Iglesia, y que hoy alzan como estandarte la figura tristemente célebre de José María Gil Robles, serían de mayor fuerza e influencia que lo fueron en aquella.

Tal solución sería la repetición de la historia. Luchas intestinas, aherramiento del pueblo español... y quien sabe si otro Julio de 1936, en nue-

va y sangrienta edición. ¿Actitud confederal? La que señalábamos para la perspectiva anterior pues la diferencia de etiqueta o la mayor o menor moderación de las fuerzas coercitivas del régimen no representan ninguna solución a los problemas nacionales.

El régimen habría de enfrentarse para llegar a la resolución de los mismos, a las fuerzas tradicionales del privilegio y en dicho caso o apoyarse netamente en el pueblo desencadenando el golpe de Estado o ceder ante ellas, desencadenando igualmente la revuelta de las fuerzas revolucionarias.

Cuando se dice que la C.N.T. debiera, ante la presencia de un régimen de tipo democrático moderar sus pretensiones, silenciar su intranquilidad para garantizar la acción progresiva de los organismos de gobierno, ¿qué se nos pide? **Claudicación.** O el régimen se hace régimen revolucionario y destruye todas las posibilidades de persistencia de las lacras que tanto han dañado, enfrentándose con todo lo viejo para apoyarse en las fuerzas de la revolución o por el contrario y es lo más probable transige y trata y pacta y convive con ellas.

En el primer caso las fuerzas populares se arman a su lado, las fuerzas de la regresión con su enorme potencia enfrente. Y en la lucha que habría de seguir, de nuevo deberá ser el pueblo quien tome la defensa de sus derechos y una vez en el combate, las características y ambiciones de este pueblo habrían de mostrarse como siempre se mostraron, dando nacimiento a las formas de **organización** que siempre ambicionó desencadenando la revolución. Y ello lo saben nuestros republicanos. Y por saberlo lo temen. Y por considerar que la persistencia de sus privilegios se encontraría amenazada es normal que se inclinen más del lado de las fuerzas del pasado con las que conviviendo aseguran el pan del Estado para ellos.

Pero eso no resuelve nada al pueblo.

REVOLUCION DE TIPO CASTRISTA APOYADA POR FUERZAS EXTERIORES

Encadenar a nuestro pueblo al triste horizonte político de los países del mundo dividido en dos bloques, sería la primera consecuencia, con la consabida secuela de lucha de intereses de ambos en nuestro suelo, con desprecio absoluto de los propios problemas nacionales ante el pujar terrible de los colosos en presencia.

Enemigos de ambos bloques, hemos dicho antes que nuestra participación en la lucha revolucionaria sería inevitable, pero con el doble objetivo de derribar el régimen aborrecido y combatir al propio tiempo las fuerzas comunistas enzarzadas en el combate para no permitir en ningún momento su supremacía ni su hegemonía.

CONSIDERACIONES FINALES

No faltan en nuestras filas, quienes consideran que esta actitud de violenta intransigencia prolonga el problema y la crisis española, que sería preciso una revisión de nuestras tácticas de comba-

te y de nuestros medios de acelerar la revolución. El problema que es hoy interno precisa una definición terminante.

Esta intransigencia obedece a una convicción. No queremos para nuestro pueblo la persistencia de una trágica lucha contra las minorías del privilegio. Nuestra colaboración a cualquier solución que no elimine de raíz estas fuerzas, es claudicación que permitirá esta persistencia.

Se argumenta que mal podemos saber cual es la voluntad popular si no dejamos que esta se manifieste. Respondemos a esto que en todo momento defendemos la posibilidad de que el pueblo pueda manifestar su voluntad, pero ello no quiere decir que esta manifestación se tenga que hacer obligatoriamente por la solución más que dudosa del sufragio universal, verdadera cocina de combinaciones que permita todos los contrasentidos.

Si la voluntad popular no encontrase más medio de manifestarse que a través de elecciones o referendums, ¿qué habría sido de la revolución francesa, ni de la lucha que todos los pueblos han sostenido por su liberación? Hasta ahora hemos podido constatar de manera evidente que la voluntad de los pueblos se ha manifestado mejor en la calle y en la lucha abierta que en las urnas. No queremos con ello coartar la libertad de acción de nadie. Somos enemigos del sufragio universal por considerarlo una mentira, y por que la solución de delegar en otros la propia personalidad es una negación de la individualidad.

De ello a manifestar la repulsión a un sistema hay diferencia. Pero si que diremos que no ciframos en dicha forma de consulta ninguna esperanza. La voluntad popular la hemos de manifestar siempre en la acción, en la calle, en los lugares de producción, en la vida diaria.

Y vamos a terminar. ¿Nuestra actitud? diréis.

La revigorización hoy de nuestra propia organización.

Mañana, ante soluciones tibias, el reforzamiento de la acción revolucionaria en intransigencia con la que responder a la intransigencia de las clases privilegiadas. No han cambiado las circunstancias de nuestra acción mientras el capital, la Iglesia y el Estado sigan persistiendo.

Querer buscar nuevas fórmulas cuando el enemigo no las ha buscado es retroceder en nuestras posiciones.

Ahora sí, en esa lucha permanente la superación del militante, su formación permanente, su preparación a la función reconstructiva de la revolución en cuanto la ocasión se ofrezca son necesidades imperiosas.

No basta ya decir que se siente en libertario y basta con sentirse. Hay que prepararse para la función social que la misma revolución exige. Y esta si que es una obligación. Y con ella la formación de nuevas generaciones, su educación en el combate, y la exposición al mundo de nuestros objetivos y de la razón que nos asiste. Frente a la mentira social del mundo capitalista nuestra propaganda escrita y oral ha de ser persistente y continua demostrando que nuestra intransigencia, nuestra violencia están basados en la sola espe-

«Religión e imperialismo en Asia durante el siglo XIX»

«Recorred el mundo y predicad el Evangelio a todas las criaturas.»

Marcos, XV

«Evangelio, gloria y oro.»

Sheppard

Las empresas del imperialismo de los estados industriales europeos en el continente asiático estuvieron íntimamente vinculadas al problema religioso.

Los navegantes portugueses y españoles que iniciaron el descubrimiento y explotación económica de las islas y el continente asiático, estaban profundamente imbuidos de religiosidad, como correspondía a la cercanía con la Edad Media, y a las condiciones sociales de sus respectivos países.

El afán de lucro, típico de su condición de personajes de los albores del capitalismo comercial, se mezclaba con los requerimientos de su conciencia moral, preocupada por la evangelización de los paganos, la guerra santa contra los musulmanes y la salvación de sus almas personales. Lo mismo que en su contemporáneo Cristóbal Colón, el portugués Alfonso Albuquerque mezcla todos estos elementos al exhortar a sus soldados en vísperas del asalto a Malacca (1511), con estas palabras: «Es por la mayor gloria de Nuestro Señor Jesucristo que nosotros debemos expulsar a los Moros fuera de este país y arrancar hasta sus raíces la secta de Mahoma, que no debe nunca pisar la faz de la tierra», y agrega, «si nosotros le arrancamos el comercio de Malacca, El Cairo y la Meca estarán completamente arruinados y Venecia se verá en la obligación, para no faltarle las especias, de enviar sus mercaderes a comprarlas a Lisboa» (sic).

..

Los antecedentes que vinculaban a la Iglesia Cristiana con Asia eran antiguos, y en varias oportunidades el Pontificado Romano había enviado mi-

sioneros para procurar la evangelización de los infieles asiáticos, o más todavía para concertar alianzas contra los mahometanos con las potencias mongolas. Así los sacerdotes Pian Carpiní (1245-1247), Ruysbroek (1253), y Monte-Corvino (1333). La leyenda de un reino cristiano asiático, cuyo rey era conocido como el «preste Juan», y en el cual se ha querido identificar ya sea a los cristianos de rito nestoriano, ya en Africa al reino de Abisinia, contribuía a subrayar la importancia de las navegaciones transatlánticas para la religión.

Que estas estuvieran a cargo de dos reinos que como Portugal y Castilla se habían destacado en la «guerra santa» contra los infieles musulmanes, que eran particularmente celosos de la pureza y ortodoxia de la religión (expulsión de judíos y moriscos, establecimiento de la inquisición, etc.) explica el favor particular que el Papado les dispensa. Así el Tratado de Tordesillas que arbitra en 1494 la división de los nuevos continentes entre ambas potencias atlánticas lo hace en nombre de la obligación que asumen de evangelizar a los naturales. En momentos en que los turcos, con la conquista de Constantinopla, consagraban definitivamente la ruina del Imperio Bizantino y amenazaban Europa Central, los viajes transatlánticos aparecían como una colosal operación estratégica contra los infieles y eventualmente una compensación de las pérdidas sufridas por la Cristiandad.

Todas las expediciones cuentan con la compañía de sacerdotes, y tanto en América como en Africa y Asia su intervención es constante junto a los capitanes de armas o a los comerciantes ibéricos.

Con Cabral, en la segunda expedición portuguesa, viajan a la India los primeros misioneros franciscanos y Albuquerque pasa a cuchillo a toda la población musulmana de Goa para cumplir la voluntad de Dios. Los portugueses se proclaman «señores de la navegación», y hacen una guerra

II Conferencia en Casablanca

(Viene de la página 4498.)

ranza y deseo de conseguir para los hombres de España y del mundo las condiciones de una noble existencia que el mundo de hoy les niega.

«Y si el momento de las realizaciones revolucionarias llega, sepamos estar en nuestro puesto cumpliendo los objetivos fijados sin improvisaciones, con la preparación necesaria con la conciencia segura de que por encima de todas las consideraciones están aquellas ideas que siempre dijimos defender, y si preciso fuera eliminando los falsos hermanos, que pretendieran desvirtuar el alcance de nuestras realizaciones. Lo hacemos no por nosotros, no por egoísmo, sino por la ambición de lograr una humanidad mejor.

Para terminar voy a deciros que alguien citó en una época no muy lejana que si Cristo ofreció su vida para salvar a la humanidad, los anarquistas

ofrecían las vidas de sus enemigos con el mismo objeto. A esta incompreensión de nuestras cosas, respondamos con la seguridad de que el sacrificio de nuestras vidas lo hicimos desde el momento en que abandonamos la tranquilidad de la vida acomodaticia para lanzarnos al combate revolucionario por la humanidad entera y que si a través de esa lucha caen como deben caer todos los enemigos y todas las fuerzas de freno, ello se hizo, se hace y se hará, porque ni nuestros hijos, ni nuestros nietos, ni los que hayan de venir, continúan esta misera existencia hecha de luchas por la defensa de la libertad, de la dignidad del hombre.

Esta es pues nuestra visión del panorama futuro español. En él se basan las razones de lo que algunos llaman intransigencia. No es tal sino voluntad firme y decidida de no dejarnos engañar una vez más. Que propios y extraños se lo tengan por dicho.

FIN

de exterminio contra los navios moriscos, y especialmente los que llevan o traen peregrinos a La Meca en los mares asiáticos. En Goa fueron destruidos incluso los templos de la religión hindú y sus bienes confiscados pasaron a poder de las órdenes religiosas católicas.

Sin embargo, la acción religiosa en Asia, de acuerdo a lo dispuesto por la bula papal de 1514, estaba a cargo de la corona portuguesa, y recién en 1621 el Papado organiza la Sancta Congregatio de Propaganda Fide para controlar y coordinar directamente las tareas misioneras. Por entonces, ya Goa era el arzobispado para el Asia (1534) y franciscanos y jesuitas competían en la tarea de evangelización de los asiáticos. Los primeros estaban establecidos en la India desde 1517 mientras que corresponde a Francisco Xavier en 1541 introducir la Compañía de Jesús.

La vinculación entre religión y política colonial no escapó en su tiempo a los mismos misioneros, pero casi todos la aceptaron en la medida que les permitía ampliar sus dominios, obtener ayuda para la empresa evangelizadora, y perjudicar a sus rivales de otras interpretaciones religiosas, incluso cristianas.

Tenemos un fragmento particularmente revelador escrito por el Mgr. de Guibriant a propósito de la evangelización en las ideas del Pacífico que se cumple en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Dice así nuestro sacerdote: «La experiencia ha sido hecha: cuando no le había precedido la bandera británica, el protestantismo le seguía inmediatamente. Toda tierra convertida en posesión británica estaba perdida para el catolicismo. Por lo tanto en una época, en la cual las islas oceánicas eran la presa del primer navegante, a quien a menudo las poblaciones buscaban venderse, si sucedía algunas veces que eran desgraciadamente muy pocas, que misioneros franceses tenían la ocasión de actuar a tiempo, es decir antes de la llegada de los ingleses, a poblaciones en busca de compradores se procuraba la colonización francesa. En verdad, ¿podrían ellos dudar?» (1)

Un ejemplo muy significativo de las relaciones típicas entre misioneros y colonialismo, lo proporciona toda la conquista y administración de la Indochina por Francia.

Ya en 1550 un misionero francés y un grupo de conversos japoneses al catolicismo se había establecido en la religión, sin alcanzar mayor éxito hasta la llegada del jesuita Alexandre de Rhodes. Este obtiene el apoyo de las «Missions étrangères» de Francia, y de los comercantes de Rouen para financiar su empresa e instalar una factoría comercial en Tonkin en la época de Luis XIV. Uno de los sacerdotes franceses que le acompañaban, decía: «El comercio ayudará grandemente la misión, ya de 200 ó 300 almas. Frenará poco a poco

la severidad de los decretos que impiden las conversiones religiosas...»

Cuando finalmente en la época de Napoleón III se inicia en forma sistemática la conquista de los reinos indochinos, todavía se aduce como pretexto de la intervención la defensa de los intereses religiosos y la persona de los sacerdotes.

Efectivamente, en 1858, fundando el decreto correspondiente, en «Le Moniteur Universel, de París del 14 de noviembre, se lee: «Las salvajes persecuciones de que son objeto nuestros misioneros, han llevado más de una vez nuestros barcos de guerra a intervenir en las cosas del reino anamita, pero nuestros esfuerzos para lograr relaciones con el gobierno han sido vanos. El gobierno de su Majestad no habiendo podido tolerar el rechazo de sus ofrecimientos decidió enviar una expedición», etc.

Las sucesivas intervenciones en los distintos reinos indochinos por Francia, y su misma guerra con China, estarán fundadas en la pretendida defensa de los intereses y la persona de los sacerdotes católicos y sus proleitos nativos.

Se ha dicho que Napoleón III, que apoyaba contra el pontificado al movimiento de unidad italiana, procuraba congraciarse de esta manera la opinión pública católica de su país. Recordemos que igual argumento se usó en el caso de la intervención en México en el episodio del emperador Maximiliano por aquellos años.

En el caso concreto de Indochina el resultado fue anular definitivamente las posibilidades de arraigo del catolicismo en las masas, que vieron en su sacerdocio a los agentes de la dominación extranjera. «A comienzos del siglo XX —dice un tratadista— es decir más de 42 años después de iniciada la dominación francesa, los resultados de la obra misionera no eran mayormente impresionantes. En todo Annam y la Cochinchina no había más que tres colegios religiosos, totalizando 227 alumnos... Y en el resto del país la penetración cristiana era todavía más limitada.»

La perspectiva de convertir a la fe cristiana a las multitudes asiáticas es un hecho histórico importantísimo en la historia del Occidente durante los Tiempos Modernos y la Época Contemporánea.

Aparte de aquellos misioneros más dispuestos a servir a la bandera del país de su nacimiento que a la causa abstracta de su religión, hubo una corriente constante de hombres occidentales religiosos —sacerdotes y seglares— que tuvieron conciencia de la importancia histórica de una posible conversión al cristianismo de chinos, hindúes, japoneses, indochinos, etc.

Esta especie de colosal «mercado» de almas paganas, constituido por las masas de adoradores idólatras, actuará como un espejismo ante las distintas iglesias, y explica esfuerzos de gran valor cualitativo y cuantitativo desarrollados por ingleses, ibéricos, franceses, norteamericanos, etc.

Generaciones y generaciones de sacerdotes de todas las tendencias, organizaciones poderosas de carácter nacional o internacional, y las mismas jerarquías mundiales de las iglesias cristianas, ila-

(1) De «Le Correspondant», París, 25 janvier 1931, tomado de «Histoire générale comparée des missions», del barón Descamps, París, Plon, 1932, págs. 556-557.

maron en su auxilio a las masas de cristianos occidentales para respaldar el esfuerzo de sus agentes en Asia. En los templos y hogares cristianos de los países occidentales se recaudaron fondos cuantiosos, se reclutaron voluntarios para distintas tareas, y se creyó en una renovación del espíritu del cristianismo romano o medioeval para la ingente tarea de evangelizar a hinduístas, budistas o confucionanos.

Históricamente esta empresa es un intento de culturalización y en un punto tan delicado y capital como la religión, del Oriente por el Occidente, en que este último se valía de técnica más modernas y recursos mejor organizados, capaces eventualmente de surtir efectos a pesar de la desventaja numérica de los efectivos humanos, enfren-tados.

La actitud de los gobiernos no fue siempre la misma, ni siquiera constante. Obviamente el catolicismo contó con el apoyo enérgico de los reyes españoles y portugueses, pero bajo la forma de acción real, hostil incluso a la intervención pontificia romana directa o de sacerdotes que no fueran de sus respectivos países. Por su parte la expansión comercial de holandeses e ingleses no se interesó por estos temas, e incluso obstaculizó el probable proselitismo de sus pastores. El protestantismo inglés recién se interesará por la conversión de los nativos a finales del siglo XVIII (creación en 1792 de la London Missionary Society, y de la Church Missionary Society en 1795), pero la Compañía Inglesa de las Indias Orientales será hostil a sus tareas. Recién a partir de 1833 reducidos sus privilegios, los misioneros comienzan la evangelización sistemática en la India, pero será a partir de la instauración del Imperio inglés que tendrán un apoyo regular de la administración colonial.

Al contrario, los franceses se han caracterizado en Asia por la vinculación muy estrecha entre evangelización y colonialismo, como resulta del caso de Indochina ya citado, y de las características constantes de la intervención de París en los asuntos chinos.

Si oficialmente los estados occidentales llegados en los últimos años al reparto de Asia —Alemania, USA— no tuvieron una actitud oficial en estos asuntos, proporcionaron sus sociedades nacionales también abundantes misioneros en sus respectivas creencias cristianas que colaboran con nuevos recursos en la empresa evangelizadora.

Algunos de los episodios de esta larga empresa de evangelización cristiana merecen destacarse por cuanto son demostrativos de los problemas que afrontan los occidentales en el plano religioso frente a los asiáticos.

Los primeros sacerdotes y misioneros creyeron —tal vez con cierta ingenuidad— que alcanzaría predicar su fe a los asiáticos para que éstos ingresaran masivamente en las filas de sus iglesias. En la práctica esto solamente sucedió en el caso de ciertas tribus paganas, todavía en la etapa del animismo o la idolatría. Es el caso, por ejemplo, de los Kharens en el centro de Indochina, de los tagalos en las Islas Filipinas, de ciertos pueblos

de las islas de la Polinesia, o de montañeses de la frontera himaláica de la India. En otros casos los misioneros fueron favorecidos en su acción por el conocimiento previo y la presencia de cristianos del rito siríaco, especialmente en la India —costa de Malabar de los nestorianos—, en el Irán o Arabia, etc., y en estos casos se tratará de incorporaciones de prosélitos de iglesias cristianas fósiles a las más amplias y vigorosas iglesias cristianas occidentales.

Pero en los grandes países donde existían tradiciones religiosas locales muy arraigadas, vinculadas al origen de religiones mundiales de la significación del hinduismo, budismo, confucionismo, islamismo, shintonismo, el clero de estas iglesias apoyado en las masas campesinas dió al cristianismo una batalla victoriosa. A pesar del celo de Francisco Xavier y de otros brillantes misioneros, el número de conversos fue insignificante y sin proporción a la cuantía de los medios empleados, y menos a las esperanzas depositadas en la empresa.

Cuando a finales del siglo XIX se reanudó todavía más abiertamente el reparto colonial de Asia independiente, la explicable xenofobia de los nativos recayó a menudo en la persona de los sacerdotes occidentales, y más todavía de sus escasos prosélitos nativos, en quienes se vio traidores de sus respectivos países.

Aquellos a quienes los piadosos occidentales calificaban de «heroicos mártires de la verdadera fe», eran estigmatizados por las masas asiáticas como agentes del imperialismo, y sirvientes del extranjero enemigo.

Justamente para salvar esta situación que condenaba al fracaso el intento de cristianización, hubo episodios aleccionadores que demuestran gran originalidad en sus actores. El primero de estos grandes episodios es la acción del jesuita Roberto Nobili y sus discípulos en el reino de Madura del sur de la India. Este culto sacerdote habiéndose convencido que mientras los indios vieran en el cristianismo un aspecto occidental lo rechazarían, procuró infiltrarlo a través de su perfecto conocimiento del hinduismo. Vestido de bráhmán, conociendo el sánscrito —en que escribe en defensa del cristianismo—, aceptando el régimen de castas, cumpliendo las prácticas alimenticias e higiénicas de los sacerdotes del hinduismo, predica su fe en el reino de Madura.

Pero sus métodos fueron repudiados por una asamblea general de jesuitas cumplida en Goa y denunciado al Pontífice como apóstata. Recién en 1623, el papa Gregorio XV autoriza sus innovaciones con ciertas restricciones, pero más tarde la Congregación de la Propaganda y el mismo Pontificado condenaron a Nobili.

Más conocido es el secular episodio también protagonizado por los jesuitas de evangelizar al Imperio chino, y convertirlo al catolicismo utilizando y aceptando buena parte de la filosofía moral predicada en su momento por Confucio. Estos hechos, cuya significación en la historia religiosa y de la expansión europea no pueden disminuirse, concitaron el apasionado interés de la Iglesia Ca-

tólica y engendraron una caudalosa polémica, conocida bajo el nombre de la «guerra de los ritos».

Los jesuitas se instalan en algunas ciudades chinas a finales del siglo XVI y bajo la dirección del italiano Matteo Ricci por 1595 toman contacto con los círculos imperiales. En Pekín y Nankín los jesuitas promueven la lucha contra el budismo, pero declaran que las doctrinas de Confucio no son incompatibles con el cristianismo. Asimismo, la misión jesuita se prestigia por su conocimiento en matemáticas, medicina, astronomía, mecánica, lenguas, etc., y el emperador de China permite su existencia en la capital. En 1692 se expide un verdadero «edicto de tolerancia» y en 1703 se les permite construir una iglesia en Pekín.

Los jesuitas habían cambiado la liturgia, y hecho una acomodación del pensamiento religioso católico a las necesidades de la catequesis.

Los dominicos los denunciaron ante el Pontificado como heréticos, y se entabló la querrela de los ritos. En 1645 el Papa Inocencio X condenó las prácticas de los jesuitas en China, pero Alejandro VII en 1656 rectificaba aquella condenación.

Prácticamente toda Europa católica participó de esta querrela, en la que se oponía la ortodoxia litúrgica dominicana a la heterodoxia práctica de la Compañía de Jesús. Los primeros obtienen, en 1663, un mandamiento apostólico del Pontífice condenando sin equívocos a los jesuitas de China. Estos recurren a la protección del mismo emperador de China, y consiguen incluso detener el legado pontificio Maillard de Tournon, que muere en prisión en 1710.

Pero por entonces la popularidad de los jesuitas en Pekín —a pesar de la protección imperial— está menguando y «el sueño de las conversiones masivas» de millones de chinos al catolicismo se desvanece. La predicación del cristianismo fue prohibida en 1724 y los misioneros son expulsados de Pekín y otras ciudades. Entonces el papa Inocencio XIII los condena y esto lo confirma el papa Benito XIV, que expide la bula «ex quo singulari» (1742).

Recién en el siglo XIX y bajo la protección militar y económica de las potencias imperialistas, volverán los misioneros a Pekín y demás grandes capitales para intentar la conversión de los chinos, pero siguiendo ahora las vías tradicionales de la predicación evangelizadora.

La recuperación nacionalista anti-occidental en Asia está estrechamente vinculada al problema religioso, al punto que es difícil disociarla del mismo.

Para los líderes intelectuales de los distintos países se presentan inevitablemente los siguientes problemas socio-religiosos:

a) Organización de la resistencia de las religiones tradicionales contra la penetración cristiana de los occidentales.

b) Renovación de las religiones locales, modernizándolas, e incluso adaptando aquellos elementos útiles evidenciados por el cristianismo cuyo contacto resistían.

c) Exacerbación de la religiosidad popular tradicional, como forma de elemental nacionalismo anti-imperialista.

d) Ajuste entre las élites educadas al estilo europeo —incluso en los términos de una cultura agnóstica o atea—, y las masas populares tradicionalistas.

Las diferencias entre los distintos países dependen fundamentalmente del juego combinado de dos factores, a saber:

1) Importancia y profundidad de la dominación extranjera, que va desde el caso del coloniaje —caso de la India—, al caso de la independencia (como Japón o Siam).

2) Características de cada país en materia religiosa que permite destacar países de religiosidad popular muy arraigada como la India, hasta países laicos o casi laicos como China; aparte de las diferencias que surgen de las distintas religiones asiáticas (hinduismo, islamismo, confucionismo, budismo, shintonismo, etc.).

Algunos ejemplos pueden ilustrar mejor estas líneas generales que anteceden.

En el Japón el problema religioso recibió un tratamiento particular. Después que san Francisco Xavier predicó entre 1549 y 1551 se creó un pequeño núcleo de cristianos dirigidos por misioneros jesuitas de lengua portuguesa.

Estos fueron permitidos por el «sogún Nobunanga», y hacen cierta intervención en la política local, lo que explica que en 1587 sean expulsados los misioneros.

Un tratado religioso acepta «que no se puede negar que más de una vez los jesuitas misioneros trabajaron demasiado en contacto con la colonización portuguesa para no merecer el reproche de complotar por la ocupación del país en beneficio de los occidentales.»

Entre 1613 y 1634 hay persecuciones a los cristianos, que corresponden a la época en que se cierra el Japón a los extranjeros, salvo el puerto de **Dehsima**, por el cual se comercia con los holandeses (que no hacen proselitismo religioso).

Esta prohibición del cristianismo, iniciada a principios del siglo XVII, dura hasta mediados del siglo XIX, en que los franceses son autorizados a practicar su religión. Pero la actitud japonesa es motivada por sentimientos nacionalistas («Japón rechaza Cristo —dice el anterior tratado— por ser un Dios europeo capaz de colaborar con las potencias europeas»). Pero en verdad también **se rechaza al budismo**, a pesar de su mayor antigüedad en el archipiélago japonés y no cumplirse en este caso las implicaciones político-económicas anotadas.

Los japoneses durante la Era Meiji se orientarán hacia el shintoísmo, forma religiosa ultranacionalista en que se concilia el culto al emperador, a los antepasados y a la grandeza nacional. Este tipo de creencia se enseña incluso en las escuelas, recibe la protección del Estado, terminando por desplazar al budismo.

La adhesión popular al shintonismo hace inocho —a los intereses japoneses xenófobos—, al mismo cristianismo, y por 1872 se derogan los an-

tiguos edictos anticristianos del siglo XVII, terminándose en 1889 en conceder la libertad de cultos.

El éxito de esta política se comprueba en el hecho que por 1927 había solamente 90 mil cristianos para una población estimada de 50 millones de habitantes.

La religión occidental no será entonces un problema en el Japón moderno, y su autonomía espiritual está asegurada frente a los europeos.

..

El caso de la India es más complejo por la enorme importancia del factor religioso entre las motivaciones nacionales. Se le ha considerado el país religioso por excelencia en Asia. La polémica entre el hinduismo y el islamismo, como hemos visto, fue utilizada por los ingleses en su beneficio. Más tarde la educación inglesa instaló el cristianismo en ciertos círculos.

Peró el cristianismo, que logró muy pocos adeptos, proporcionó una especie de modelo de religión universal e intelectual a los indios, tanto hinduista como musulmanes. Intelectuales europeizados, estudiosos de las religiones occidentales, pero dispuestos a mantener la fe de sus antepasados se ocuparon de modernizarla, racionalizándola, e incorporando instituciones cristianas (las misiones, el uso de textos sagrados, separación del Derecho de la Religión, depuración de las supersticiones populares, etc.).

La actitud de los líderes del Partido del Congreso de la India en la cuestión religiosa podría definirla como la equivalente al deísmo europeo del Siglo de las Luces.

Lo mismo que los «filósofos», estos dirigentes del siglo XX, que actúan —y esto no puede olvidarse—, en un país de gran tradición religiosa, sostienen la existencia de Dios pero en una formulación amplia.

Así Gandhi ha dicho muy bellamente: «Para mí Dios es la verdad y el amor; Dios es la ética y la moral; Dios es la intrepidez. Dios es la fuente de luz y de vida y con todo está por encima y más allá de todos ellos. Dios es la conciencia. Es aún el ateísmo para el ateo... Trasciende la palabra y la razón... Es un Dios personal para aquellos que necesitan su presencia personal. Está incorporado a aquellos que necesitan su toque. Es la esencia más pura. Es simplemente para aquellos que tienen fe. Es todas las cosas para todos los hombres. Está en nosotros y con todo por encima y más allá de nosotros... Es sufrido. Es paciente pero es también terrible... Con él la ignorancia no es excusa. Y con todo siempre perdona y siempre nos da la oportunidad de arrepentirnos. Es el demócrata más grande que conozca el mundo, pues nos deja «libres» para tomar nuestras propias decisiones entre el mal y el bien. Es el tirano más grande jamás conocido, pues frecuentemente saca la taza de nuestros labios y arguyendo libre albedrío nos deja un margen tan poco adecuado que sólo le produce risa a él... Por lo tanto el hinduismo lo llama su deporte.»

En esta concepción de la divinidad es comprensible que el problema de la conversión de una religión a otra no podía siquiera plantearse al Gandhi.

En 1928, cuando le planteó la posibilidad de su adhesión al cristianismo la Federation of International Fellowship, Gandhi contestó: «Después de largo estudio y experiencia he llegado a estas conclusiones: 1) Todas las religiones son verdaderas; 2) todas las religiones contienen algo de error; 3) todas las religiones son para mí casi tan caras como mi propio hinduismo. Mi veneración por las otras creencias es la misma que por mi propia fe. Como consecuencia, la idea de la conversión es imposible...»

..

En la China el cristianismo, que había fracasado en su intento de convertir a la población —incluso por medios sutiles, como los empleados por los jesuitas en el siglo XVIII—, en el siglo XIX se alía abiertamente con el imperialismo europeo.

Después de cada una de las guerras imperialistas invariablemente los tratados obligan a China a la aceptación de misioneros e instituciones religiosas cristianas. Estas reclutan adeptos —especialmente entre los vinculados por razones comerciales a los occidentales—, pero son odiados por la masa de la población. Obviamente esto multiplica los incidentes y promueve nuevas intervenciones militares extranjeras que duran prácticamente hasta 1914. La identificación entre cristianismo y los «diablos extranjeros», es categórica. Esto sucede en un país de escasa tradición religiosa, y por reacción facilita la difusión de ideas o doctrinas ateas, como son las liberales y socialistas que arraigan entre los intelectuales, estudiantes, etc.

Si en la India los líderes nacionales se colocan en un deísmo que recuerda al siglo XVIII europeo, en China, por lo contrario, están en el ateísmo del siglo XIX. Las «ligas de sin Dios», y los movimientos antireligiosos proliferan junto con la lucha contra los extranjeros, y aseguran la decadencia del cristianismo desaparecer entre ambas grandes guerras mundiales del siglo XX como movimiento de masas.

..

En algunos casos la lucha contra el extranjero favorece la expansión de una religión y asegura la crisis final de otra. Es el caso, por ejemplo, de la Indonesia donde el hinduismo se revela incapaz de asegurar la resistencia, mientras el islamismo galvaniza a las masas, asegura la enseñanza en las escuelas anexas a las mezquitas, consigue el contacto con el extranjero a través de las peregrinaciones a la Meca, y termina por organizar la independencia nacional. Es uno de los casos más claros de la sustitución de una religión por otra vinculada al nacionalismo anti-imperialista.

CARLOS M. RAMA

El pensamiento vivo de Amiel

La primera cortesía del escritor es la brevedad.

Anatole France

Hay que buscar lo verdadero y esparcerlo; hay que amar a los hombres y servirlos.

Ahorradme vuestras elucubraciones; servidme hechos e ideas.

La energía en la medida, he ahí el deber; la atracción en la calma, he ahí la felicidad.

Antes de dar un consejo, hay que haber hecho aceptarlo, o mejor, haber hecho desearlo.

La felicidad, la pena, la alegría, la tristeza, son de naturaleza contagiosa. Llevad vuestra salud y vuestra fuerza a los debilitados y a los enfermos, es así que les seréis útiles. Comunicadles, no vuestros desfallecimientos, sino vuestra energía, así los reconfortaréis. La vida sólo reanima la vida.

Ofrendar la felicidad y hacer el bien, he ahí nuestra ley, nuestra ancla de salvación, nuestro faro, nuestra razón de ser.

La vida es corta y nunca se tiene tiempo suficiente para alegrar el corazón de los que hacen con nosotros la sombría travesía. Démonos prisa en ser buenos.

Convertir las amarguras en benignidad, las ingratitudes en beneficios, los insultos en perdón, ¿no es ésto la santa alquimia de las bellas almas?

No apenemos nunca sin utilidad. El grillo no es el ruiseñor; ¿por qué decirselo? Entremos en la idea del grillo, es más novedoso y más ingenioso. Es el consejo de la bondad.

Para los tímidos el éxito es necesario, el elogio es moralizante, la admiración un elixir reconfortante.

El individuo debe contentarse con ser una piedra del edificio, un engranaje de la inmensa máquina, una palabra del poema. Las almas más eminentes son las que tienen conciencia de la sinfonía universal, y que colaboran de buena gana en ese concierto tan vasto y tan complicado que se llama la civilización.

Los que fenecieron quieren vivir; quieren vivir en vosotros; quieren que nuestra vida desarrolle ricamente lo que ellos desearon.

Debemos subordinar la fe al amor por la verdad. El culto supremo de la verdad es el medio de purificar a todas las religiones, a todas las confesiones, a todas las sectas. La fe debe venir siempre en segundo lugar, pues ella tiene un juez.

Hacer fácilmente lo que para otros aparece como difícil, he ahí el talento; hacer lo que es imposible al talento, he ahí el genio.

Diez hombres de espíritu no valen lo que un hombre de talento, ni diez hombres de talento lo que un hombre de genio.

Nos encontramos demasiado inquietos, demasiado preocupados, demasiado ocupados, demasiado activos. Hay que saber ser de nuevo jóvenes, sencillos, niños, vivir la hora presente, comprensivos, ingenuos, felices. Hay que saber ser ocioso, lo que no quiere decir perezoso. El ensueño, como la lluvia en las noches, hace reverdecer las ideas fatigadas y palidecidas por el calor del día. Dulce y fertilizante, despierta en nosotros, mil gérmenes adormecidos... El ensueño es el domingo del pensamiento.

Es el tedio perpetuo de la sociedad, todo ese torneo de verbosidades impetuosas e infatigables, que pretende conocer las cosas porque de ellas se habla, de creer, pensar, amar, mientras que todo éso es pura apariencia. Las coqueterías se toman por opiniones, los prejuicios se presentan como principios. Los loros se nos presentan como seres pensantes, los imitadores pasan por originales.

La curiosidad es la fuerza impulsiva que, dilatándonos sin límite, nos volitaliza hacia el infinito.

Mil cosas avanzan, nuevecientos noventa y nueve retroceden: éso es el progreso.

La humanidad tiene la vida dura y sobrevive a todas las catástrofes. Solamente, es lamentable que se encamine siempre por lo más largo, agote todas las faltas posibles antes de cumplir un paso definitivo hacia su bienestar. Mientras la historia de la ciencia es majestuosa, la historia de la política y de la religión es insoportable.

Yo veo siempre la misma ley: liberación creciente del individuo, ascensión del ser hacia la vida, hacia la felicidad, hacia la justicia, hacia la sabiduría. La glotonería ávida es el punto de partida, la generosidad inteligente el punto de llegada.

Todo desaparece, pero nada se pierde, y la civilización o ciudad del hombre no es más que la inmensa pirámide espiritual contruida con las obras de todo lo que ha vivido bajo la forma de ser moral.

El cielo y la tierra pueden destruirse, pero el bien debe eristir y la injusticia no debe existir. Tal es el credo del género humano. La naturaleza será vencida por el espíritu; lo eterno vencerá al tiempo.

La filosofía, es la completa libertad del espíritu, por consiguiente la independendencia de todo prejuicio religioso, político o social. No es, en su punto de partida, ni cristiana, ni pagana, ni monárquica, ni democrática, ni socialista, ni individualista, es crítica e imparcial; sólo tiende hacia una cosa: hacia la verdad.

¿Qué es la vida? Es un préstamo, como el movimiento. La vida universal es una suma total que muestra sus unidades aquí y allá... Nos encontramos atravesados por la vida, pero no la poseemos de modo alguno.

¿Qué importa el aniquilamiento o la inmortalidad? Lo que debe ser será. Lo que será, ocurrirá bien.

Cuando la humanidad tendrá sus dientes de sabiduría, poseerá el pudor de corregirse y deseará reducir metódicamente la parte del mal... La guerra, el odio, el egoísmo, el fraude, el derecho del más fuerte serán tenidos por barbaries del viejo tiempo, por enfermedades de crecimiento... Los pueblos serán amigos, las razas simpatizarán, y se extraerá del amor un principio tan potente de emulación, de invención y de celo, como el que ha suministrado el estimulante y grosero interés.

Un día vendrá en donde la virtud de la humanidad será más exigente que hoy. *Homo homini lupus* (el hombre es el lobo del hombre) ha dicho

Hobbes. Una vez que el hombre se humanice entonces será humano para el lobo, *homo lupo homo*.

La crítica de sí mismo es el corrosivo de toda espontaneidad oratoria o literaria.

Más vale dilatar la vida y extenderla en círculos cada vez más crecientes.

La alegría de la contemplación, ésa en que nuestro pensamiento sale de él mismo, se vuelve el alma de una comarca, de un paisaje, y siente vivir en uno a una multitud de vidas.

Cada ser puede llegar a la armonía, que no busca nada fuera de sí misma. Es lo que debe ser; expresa el bien, el orden, la verdad; es superior al tiempo y representa lo eterno.

¿Qué importa la brevedad de nuestros días, puesto que las generaciones, los siglos y los mundos mismos no hacen más que reproducirse sin fin en el himno de la vida, en los cien mil modos de variaciones que componen la sinfonía universal! Contemplar y adorar, recibir y ofrendar, haber lanzado su nota y removido su grano de arena, es todo lo que se precisa para el efímero; éso basta para motivar su aparición fugitiva en la existencia.

Sin pasión el hombre es sólo una fuerza latente, una mera posibilidad, como un guijarro que espera el choque del hierro para fulgurar en chispas.

El mundo es más bien voluntad que sabiduría.

El fondo de la existencia, el tejido general de nuestras jornadas, es la acción, el esfuerzo y la lucha.

Obra consultada: *Journal Intime* por Federico Enrique Amiel, escritor suizo que nació en Ginebra (1821-1881).

Traducción y selección de V. Muñoz.

Una cosa mala: Pensar y no hacer.
Una cosa peor: Hacer sin pensar.

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

No dejaba de ser por ello, el abate Serafin tan ingenuo, un hombre muy amable y muy simpático.

Su hermano no era menos amable y activo. ¿Cómo su salud —era también grasiento y regordete— podía resistir a sus innumerables tareas? Daba todas las clases de latín y de griego. Por consiguiente, cuando yo llegué, algunos alumnos estaban distribuidos en segundo, otros en cuarto, otros en sexto y otros en octavo. Nos enseñaba geometría y, a veces, el alemán y el italiano. Para los que pagaban aparte esos artes de convención —entre los que no me encontraba—, enseñaba aún el dibujo, la gimnástica, el solfeo y, de cuerda, de boca, de estrangul, de tarro o de percusión, todos los instrumentos que las familias podían desear. ¿En donde diablos aquel hombre infatigable había tenido tiempo de hacer a una gran mujer, linda y morena, cuyo sólido equilibrio me recordaba a Elena, tres o cuatro niños?

Entre las cosas que sin cansarse nos enseñaba Valentin Lemoulin, bachiller de ciencias, había algunas que él ignoraba tanto como nosotros. Corregía nuestras versiones por traducciones que, como ocurre a veces, no correspondían siempre con los textos. Yo me rebelaba cuando nos imponía algún contrasentido. Demostraba que tal regla de gramática se oponía absolutamente a su explicación. Ni siquiera comprendía mi argumentación y me acusaba de contradecirlo siempre por orgullo insoportable. Sin escucharme, replicaba triunfalmente: «Amigo mío, no hay regla sin excepción». O bien alzando sus hombros grasosos y golpeando la vastitud de sus muslos, decía burlón: «Vamos, vamos, mi pequeño Ner, usted no tiene la pretensión de saber más que mi libro».

Nos hacía recitar cada día, como en 1665 en las escuelas de Port Royal, una decena de **Raíces Griegas**. Yo volví a encontrar en mi memoria un pequeño número de los octosílabos, debidos a la colaboración de los poetas Lemaistre de Sacy y Claudio Lancelot. Este está anclado en mi recuerdo, porque hace, salvo error, el comienzo del viejo libro:

Agatos, bueno, valiente en la guerra.

Este otro es, sin duda, de una ridiculez poco olvidable:

Apis, pote que se pide en los cuartos.

Después de un rápido examen, se decidió que yo seguiría el curso de quinto.

El personal del establecimiento siendo muy reducido, se hacían tantas reuniones de clases como era posible. El curso de literatura no era el solo a reunir a toda la casa. Aprovechábamos todos

igualmente, aun los pequeños que hacían palotes sobre el cuaderno o en pizarras, la enseñanza de geometría que nos daba Valentin. Pero, división extravagante —¡cosa asombrosa! hubiese exclamado Serafin si no hubiese gastado todas sus facultades de asombro en las revelaciones del cielo y del infierno—, otro maestro, el profesor de la «clase de comercio», el señor Froidevaux, explicaba a nuestra numerosa clase, los misterios del álgebra.

El señor Froidevaux pasaba por ser muy sabio y yo sospecho que poseía alguna independencia de espíritu. Herido en 1870 en la pierna derecha, aprovechó para nunca más arrodillarse y, al pasar delante del altar, reemplazaba a la genuflexión por una rígida inclinación de cabeza. Su pierna, me parece, se volvía ágil lejos de la capilla, cuando no podía ser observado.

Mi primera tarde, la pasé en la clase del señor Froidevaux. Yo nunca había tenido entre mis manos un libro de álgebra y no comprendí nada de la lección del día.

Desde que el abate Serafin, después de haberme presentado, se hubiera retirado, el profesor me interpelló:

—¡Eh! El recién venido. Venga a la pizarra y muéstrenos si es usted un algebrista distinguido.

—Señor —dije yo enrojando y, sin embargo, obedecía lentamente a la llamada—, nunca he estudiado y nada he comprendido de nuestra lección. Pero, para darle una prueba de buena voluntad, la he aprendido de memoria.

—Vuélvase usted de nuevo a su lugar, pequeño imbécil.

Y añadió alzando los hombros:

—Un idiota de más. Irá a engrosar la numerosa compañía.

A la «numerosa compañía», el señor Froidevaux sólo pedía que lo dejaran en paz. Enseñaba con celo a una quincena de alumnos distinguidos. El resto leía, durante su curso, novelas absurdas o diarios introducidos fraudulentamente por los externos. Mientras no se hiciera ruido, el profesor desdeñaba darse cuenta de nuestras ocupaciones. Ni siquiera consentía a darse cuenta que, en el fondo de la sala, algunas parejas se divertían eróticamente.

En cuanto a mí, sin preocuparme de lo que pasaba en la ininteligible pizarra, me puse a estudiar metódicamente mi libro a partir de la primera página.

Quince días más tarde, composición de álgebra. El señor Froidevaux tuvo el asombro de tener que clasificarme primero. Me felicitó:

—Usted es inteligente y usted tiene voluntad. Está muy bien.

Añadiendo, con una pequeña sonrisa burlona, que empleaba con frecuencia:

—Si tiene usted el carácter dócil, usted triunfa.

Yo nunca he tenido el carácter dócil. Como tampoco el espíritu. Froidevaux era, en Forcalquier el solo que sabía lo que enseñaba. Sin embargo, yo le escuchaba con más estima que atención. Estaba yo ya a la fin del libro, cuando sus lecciones se arrastraban aún por su tercera parte.

Más tarde he encontrado maestros más distinguidos que Valentín o que el mismo Froidevaux. No obstante yo me considero un autodidacta. ¿La autodidaxia no es una necesidad inmediata e invencible de mi temperamento? A los tres años cerraba mis ojos rebeldes cuando querían enseñarme a leer; pero a los cuatro, puesto que no me querían dar ninguna lección, aprendía solo. A los seis años estudiaba escondido el sistema métrico, las fracciones, anatocismos, extracción de raíces y sin embargo, con gran risa interior, recitaba a mi madre, cifra lenta después de cifra lenta, la tabla de multiplicación. La ignorancia de Valentín me hizo, si así lo puedo decir, desconfiar con recelo de todos los maestros, a veces con inquietud y a veces con burla. Me fue probablemente más conveniente que un profesor muy sabio. Yo no sentía en mis maestros ninguna necesidad de ciencia. Yo tenía libros, sin duda mal escogidos, pero suficientes. ¿Qué me importaban los contrasentidos de Valentín? Diccionario y gramática me permitían descubrirlos y reirme de ellos. Y me glorificaba interiormente por encontrarlo todo por mí mismo.

Aprendía sin Valentín. Más tarde, ¿no he estudiado contra mis maestros? Frecuentemente aun, me he batido contra las opiniones de mis libros. Un estudio, para mí, es una polémica. O bien, separando con un gesto desdenoso a los guías que pretenden conducirme, me lanzo en las alegrías de la aventura y en la sorpresa de los caminos poco frecuentados. A la ignorancia de Valentín yo debo, por una buena parte, mi espíritu crítico, mi desprecio por los pastores, por los rebaños y por los caminos trillados que siguen, con su pesado olor de sebo y la sofocación de su polvo banal. Madre de mi alegre individualismo, sé bendecida, ignorancia de Valentín.

Forcalquier me aprendió también a sacar de mí mismo toda mi felicidad. Algunos raros pensionistas siendo como yo, pobres y sin conocidos en la ciudad, se quedaban los domingos en la institución, como así en los permisos de pocos días. Gemían ellos por su desgracia. Pero nadaba en una fácil felicidad. ¿Para qué habría yo tenido necesidad de salir? El patio era vasto. Para que una apariencia de vigilancia fuera posible, nos prohibían las nueve décimas partes del inmenso terreno y de sus árboles magníficos. Algunas parejas se arriesgaban, para gozar juntas un placer prohibido, en la parte prohibida. Yo me deslizaba no solamente fuera del barullo demasiado ruidoso de los juegos y de los gritos, sino que también más allá del misterioso y murmurante país del amor.

Escondido detrás de un enorme plátano, leía con toda libertad.

Pronto mejoró mi situación. Acepté las funciones de bibliotecario y, con pretexto de ordenar los libros, no descendí casi nunca a los recreos. Leí, de aquella biblioteca, todo lo que no era tontería edificante. Los clásicos hicieron mi gran alegría. Pero no desdenaba a las novelas seudo históricas en donde tantas valientes heroínas se parecían a Elena Balurán. A veces alzando los hombros y lo más a menudo maravillado, yo leí, creo bien, toda la obra de un cierto Alejandro de Lamotte que el abate Serafin llamaba, sin otra razón, me parece, el Alejandro Dumas del catolicismo. Pero Julio Verne me hacía soñar tal vez más. En los paseos del jueves y del domingo, cuando pasábamos la ciudad y se deshacían las filas, me aislaba con mi libro. En el verano, me despertaba el amanecer, agarraba un volumen que tenía debajo de la almohada y leía o estudiaba hasta el toque de campana que despertaba a todo el mundo.

Crecía rápido, hacia en algunos meses un crecimiento retardado. Mis vestidos, sólidos, como sin desgaste, habían sido hechos con una tela rígida llamada «piel del diablo». Era dura, picante y caliente para mis recuerdos de verano; mis recuerdos de invierno la encuentran fría y por sus numerosas arrugas, casi cortante. Lo peor, era que mi pantalón se terminaba más arriba del tobillo y las mangas de mi chaqueta consentían por un momento, heroicamente estiradas, a hacer la mitad del camino entre el codo y la muñeca de la mano. Una de las razones que me hicieron despreciable al buen abate Lemoulin, es que un día me dijo:

—Vuestras mangas están bien cortas, amigo mío.

Yo le volví la espalda y, con la barbilla desdenosa sobre mi hombro desdenoso, le lancé friamente este pequeña hipérbole:

—Hace tres años, abate, que no me digno acercarme de ello.

En las vacaciones, yo llevaba, con mis queridos libros de clase, todos los primeros premios. Por desgracia, eran de una puerilidad lamentable, saldos de la librería Mame de la ciudad de Tours o libracos de Ardant, que venían desde Limoges. Fui menos feliz en mi casa que en Forcalquier. Acepté que mis padres interrumpiesen mi estudio para pedirme toda clase de pequeños servicios, pero yo me irritaba cuando, asustados, por mi aplicación y por la delgadez del crecimiento, me arrancaban alegando las necesidades de mi salud, libros y cuadernos. Por otra parte, al ver a mi vecina Elena, que buscaba creyendo alejarme de ella, me desgarraba el corazón. De lejos, la adoraba novelescamente en las bellas polonesas morenas de Alejandro de Lamotte o en la potente semblanza de la señora Lemoulin. De cerca, amor desdenado se volvía odio y sufrimiento.

Con alegría vi que octubre se aproximaba.

El infeliz Valentín enseñaba, este año, en las clases de retórica —hoy se dice de primero—, de tercero, de quinto, de séptimo y de octavo. Normalmente yo hubiera debido quedarme en tercero

con mis compañeros del año último. Exigí mi entrada en retórica. Valentín apenas resistió:

—¡Peor para usted! Será usted el último en lugar del primero.

—El último en el primer trimestre, pero el primero en todas las otras composiciones.

Valentín hizo una mueca. Su hijo mayor, gran estudioso y bien dotado, sería mi condiscípulo.

Sólo éramos seis retóricos. El buen Valentín desplegaba toda su pequeña ciencia y todo su gran valor. A pesar de la oposición perseguidora de mis padres, había estudiado en mis vacaciones. Triunfé más fácilmente aún de lo que había pronosticado. Antes de navidad fui clasificado segundo en algunos ejercicios, pero más frecuentemente primero junto con Bernardo Lemoulin. Había, sin embargo, una materia en la que me clasificaba bien último: me negaba a hacer mapas y encontraba maravillosamente fastidiosa toda la nomenclatura que en aquella época constituía, toda la geografía escolar.

En mis contestaciones con el profesor, tenía ahora un aliado. Con frecuencia Bernardo encontraba como yo el verdadero sentido; si no lo había descubierto por sus propios medios, lo reconocía desde que yo lo señalaba.

—Te aseguro, papá, que Ner tiene razón. Nota, en efecto que...

Pero Valentín, demasiado fatigado por sus diversas actividades, no tenía la fuerza ni la paciencia para comprender. Por necesidad vital, sin duda, se encerraba y se irritaba.

—Ustedes dos son unos orgullosos insoportables —reprochaba—. Pronto, caramba, ustedes que no tienen otra cosa en que ocuparse, sabrán más que yo. Pero nunca sabrán más que mi libro.

Puesto que mi trabajo, más difícil, ejercía mejor mis facultades, era aún más feliz que el año último. Tenía otras felicidades, mezcladas en octubre y desgarradas, pero que, hacia la mitad de noviembre, se liberaron, enteramente triunfantes.

Los asnales milagros predicados cada domingo por el abate Lemoulin, las brujas y fantasmas que poblaban las horas en las cuales debía enseñarnos la literatura, el cuidado que tenía en advertirnos de aquellas «cosas asombrosas» no eran de fe y la ingenua persuasión con la cual afirmaba su verosimilitud debido a que, por una parte, todo es milagro y que, por la otra, nada es imposible para Dios: todo eso había producido en mi espíritu un singular sacudimiento. Había terminado por preguntarme si algunos artículos de fe no eran tan absurdos como los cuentos que nos hacía el señor limosnero. Ciertamente, yo me había primero indignado contra mí mismo o más bien contra las astucias del demonio. Aquellos «malos pensamientos» los había brutalmente aplastado a golpes de rezos, y bajo un montón de actos de fe, y sobre pilas enormes, colinas enteras de actos de humildad, y bajo los amontonamientos cual montañas de actos de contricción. ¿No habían mis esfuerzos piadosos hundido las inquietudes de mi subconciencia en donde ellas se agitaban, trabajando, minando,

zapando? En octubre me confesé tres veces, acusándome de tener dudas sobre algunos dogmas. A la mitad de noviembre, algunas de esas dudas se habían vuelto negaciones victoriosas y yo desdeñaba declararlas, confesión y comunión ya no siendo para mis ojos nada más que conveniencias y tareas fastidiosas.

Me sería imposible encontrar, a tal distancia, el detalle de ese gran trabajo interior, dolorosa y luego alegre demolición.

Recuerdo, sin embargo, meditativa y buscadora, a una mañana de otoño. El pálido sol atraviesa por instantes los vidrios de los ventanales de la capilla, en una sonrisa de colores melancólicos. Unas nubes a veces detiene a los rayos y los apagan. El sermón ha sido más sórdidamente estúpido que nunca. Yo acabo de comuniar. Intento de darme por arte una piadosa y extática alegría. Por instantes acuerdo a la luz interior un semi consentimiento. En otros minutos, lucho contra ella a golpes de rezos emocionados o de afirmaciones brutales y de reproches vehementes. Ella triunfa en fin, sol del mediodía, y dispersa las piadosas, las nubes voluntarias. Estos milagros de predicador que acabo de declararme idiotas hasta las lágrimas o a causar cólicos por las risas, siento de más en más que mi fe se les asemeja en tontería y en voluntad de no querer ver. Una fórmula apunta a mis reflexiones alternadas: «Fe protegida por la mala fe». El pedazo de hostia que he tragado, ningún engaño voluntario, ninguna tontería hacia mí mismo me permite ver ya en ella a un cuerpo humano que entra todo entero en mi boca y a la vez en otras bocas, en vientres que trabajan, en calmos tabernáculos. Jesús, si tuvo un cuerpo verdadero, sólo tuvo uno. ¿Sería necesario como esos estudiosos de mi *Historia Eclesiástica* dice en una palabra despreciativa, que el cuerpo sólo debe considerarse como una apariencias? Entonces podrían multiplicarse las apariencias semejantes. Pero no, ni siquiera tenemos apariencias. No veo, no gusto, no toco nada más que un pedazo redondo de pasta seca. Decididamente, este artículo de fe es más estúpido que todos los milagros que deslumbran, ¡cosa asombrosa!, al ingenio Serafin. Si nosotros hubiésemos sido treinta verdaderamente a comernos en esta capilla a Jesús entero, Dios se divertía con una predistigación estúpida o más bien las palabras no tendrían ningún sentido: toda la catolicidad no sería nada más que logomaquia y una fantasmagórica casa de locos.

Pronto, ¡caramba!, tuve miedo de las audacias libres de mi espíritu. Me di cuenta en decir mis dudas a mi confesor, esperando que las refutaría de manera victoriosa. Al contrario, pretendió que la todopoderosidad de Dios debía hacerme admitir un Dios ocupado a enloquecerme, a, como se dice, ponerme adentro y hacer rodar la razón que me había dado. La infalibilidad de la Iglesia, ¿no era pretensión odiosa cuando trataba de imponer semejantes tonterías?

H. RYNER

(Continuará.)

Crimen y castigo

NACIO Fedor Dostoiéwski en Moscú, el 12 de octubre de 1811. Falleció en Petersburgo el 28 de enero de 1881. Fue la suya una existencia atormentada por toda suerte de vicisitudes. Experimentó las agobiantes preocupaciones de carácter económico; conoció la persecución; vivió las penosas tribulaciones del presidio; estuvo incluso condenado a muerte, habiéndole conmutado la pena casi al pie del cadalso. A lo largo de su producción literaria ha ido reflejando, de un modo inimitable, sus opiniones, sus reacciones espirituales ante el ambiente que le rodeaba.

La obra que le dio más renombre, más popularidad, la que le granjeó acentuada simpatía, fue «Crimen y Castigo». Cuando apareció por primera vez fue en las páginas de la «Rousiski Vistnik». Dostoiéwski se hallaba por aquel entonces atreviéndose por dificultades de orden pecuniario, quebrantada además su salud, experimentaba una intensa sobreexcitación mental. Transcurría el año 1866. Varias eran las obras que de él se conocían, pero ninguna había llegado a alcanzar la resonancia en el ambiente literario del país, ni había obtenido las alabanzas que obtuvo «Crimen y Castigo».

Un año antes de aparecer el libro, hallándose Dostoiéwski en Wiesbaden, le escribía a uno de sus amigos de Moscú: «Esta novela será, posiblemente, la que mejor he escrito hasta la fecha, si es que me dejan el tiempo necesario para corregirla. ¡Ay, amigo mío, no puede imaginarse la tortura que representa el escribir por encargo!»

Como Balzac, al igual que Dickens, la necesidad, la lucha por el sustento cotidiano, le obligaba a escribir con premura. Por otra parte, los editores, buscando el favor del público, acuciábanle a producir. Carecía del necesario reposo y tranquilidad requeridas para llevar a cabo una obra perfecta. No obstante, el gran escritor ruso realizó un esfuerzo genial y dio a luz una de las obras literarias más representativas para todos los tiempos. «Crimen y Castigo» alcanzó un éxito sin precedentes. Incluso algunos críticos aventuraron una opinión adversa a la obra, apenas si se les tomó en consideración.

«Crimen y Castigo» es el proceso psicológico de una conciencia frente a la brutal realidad de un doble homicidio.

Raskolnikof es un joven que cursa estudios universitarios en la capital. Su familia vive en una distinta localidad de provincias. Tuvieron su período halagüeño, mas la suerte les fue adversa. Falleció el padre. Queda la madre, el estudiante y una hermana de éste. Tienen que vivir de una modesta pensión que percibe la viuda y de lo poco que pueden agenciarse en trabajos de costura. Las dos mujeres han de subvenir a sus necesidades y costear los estudios de Raskolnikof, el cual anda apenado por lo que supone el sacrificio de su ma-

dre y hermana. Conoce el estudiante una vieja usurera, sórdida, cegado todo sentimiento humanitario, tan sólo busca lucrarse con la miseria de quienes tienen que acudir a ella en solicitud de préstamo.

En sus ratos de reflexión, Raskolnikof rememora las más atrevidas y extravagantes hipótesis, oídas en las charlas de café, entre estudiantes. Ha oído decir que ciertas personas que poseen dinero y son de una extrema sordidez no tienen derecho a la vida, y lo que ellas detentan podría ser de eficaz ayuda para quienes están necesitados. Ha oído incluso decir a alguien de su edad que no vacilaría en quitarle la vida a una persona de tal naturaleza. Por asociación de ideas, Raskolnikof piensa en su triste situación de estudiante pobre; considera las dificultades económicas que pesan sobre la madre y la hermana, y sueña en lo que podría realizar si poseyera el dinero que debe atesorar la vieja prestamista: Ayudaría a su familia, cursaría la carrera, emprendería una tarea de impulso idealista, dando amplio vuelo a sentimientos filantrópicos... Y decide matar a la vieja, personándose en casa de ella provisto de una hacha. Una vez realizado el crimen, cuando se dispone a salir de la habitación, aparece la hermana de la víctima. Entonces, para evitar de ser descubierto, con el mismo instrumento da muerte a ésta, quedando así consumado el trágico fin de las dos hermanas.

Y de ahí brota, en la conciencia de Raskolnikof, el tormento del remordimiento. La fría dialéctica del razonamiento se ha desvanecido ya. Y queda en el fondo, en lo íntimo, la huella del hecho escueto: dos vidas truncadas, dos existencias cercenadas de un modo brutal, estúpido, innecesario, ineficaz... A la postre, el matador que, en principio, se ilusionó con ese dinero que debía atesorar la vieja; ese dinero con el cual se podían obtener tantas cosas, no ha aparecido. El estudiante no tiene el genio, la habilidad, la perspicacia del ladrón, y a la postre tan sólo obtiene una cantidad irrisoria...

No; la acción amasada con fría crueldad, determinada por malsano egoísmo, no puede conducir a la felicidad. ¡La felicidad! El estudiante ha llegado a comprender, a persuadirse que para el individuo ella no es posible en tanto que por doquier gima el inmenso dolor humano. Raskolnikof, por vía de la reflexión, se hace eco del sufrimiento ajeno. En el ambiente que le es familiar ha llegado a conocer a pobres gentes a quienes la dicha apenas si les ha sonreído jamás. Entre ellos está Sonia, la prostituta, casi una chiquilla, víctima de la miseria y de la pobreza mental de sus propios progenitores, quienes han ido induciéndola a deambular por las calles y ofrecer su cuerpo, endeble y enfermizo. Ella siente afecto por el estudiante. Sabe que es bueno, aun y con todo el haber cometido el horrible crimen, del cual se ha confesado

a ella. Raskolnikof aprecia en ella una exquisita y pura sensibilidad. Sabe que las impurezas de la realidad no han mancillado su alma virginal. Y en un momento de mística afección, el estudiante... Pero mejor será transcribir el texto:

«—Qué —dijo Sonia la prostituta— ¿qué hace usted? ¡Arrodillarse ante mí!

» —No es ante ti que me prosterno —respondió Raskolnikof— es ante el sufrimiento humano.»

Raskolnikof quiere a toda costa expiar su falta. Anhela arrancar de sí la mancha de homicida. Siente el deseo de sincerizarse a plena luz. Ha confesado el hecho a sus deudos, a sus amistades, incluso a gentes desconocidas. A la postre se entrega a los hombres de la Ley; a los hombres que dictaminan y mandan ejecutar sentencias. Su sinceridad, la profunda convicción en la propia acusación, y hasta el hecho de haber sido estudiante, es abono en su favor. Se le condena a siete años de

presidio en la lejana e incrementemente Siberia. Duro ha de ser el cautiverio, mas tiene el aliento de Sonia que le quiere de corazón. Ambos son jóvenes y les queda por delante un dilatado horizonte de esperanzas.

Y al finalizar el libro escribe Dostoiewski: «Aquí empieza otra historia, la historia de su regeneración, de su paso progresivo de un mundo a otro. de su ascensión a una nueva realidad que le era completamente desconocida.»

El escritor demostró, con su obra maestra, cómo no son los códigos, las leyes escritas, los que pueden redimir el individuo, sino la propia conciencia, la razón. De lo contrario, se ha de buscar en el delito las morbosas influencias. De ahí que pusiera en su obra estas palabras: «Si el juez fuera justo, puede ser que el criminal no fuese culpable.»

FEDOR DOSTOIEWSKI

Los que ayudan a CENIT

Donativos recibidos durante el año 1964

M. Viñas	6,00 frs.
B. Corcero	6,00 »
J. Sánchez	6,00 »
Ciria Mendoza	6,00 »
M. Aguilar	6,00 »
R. Vandellos	6,00 »
J. Fernández	100,00 »
Deogracias Frank	48,86 »
P. Francés	10,00 »
J. Blanch	3,00 »
S. I. A. de Meriden Cohn (U.S.A.)	50,00 »
T. Gibanel	3,00 »
E. López	10,00 »
M. Rojo	5,00 »
J. Andrés	4,00 »
D. Quilez	3,00 »
Donativo de H. X.	50,00 »
Nisse Latt	20,00 »
J. Dueñas	16,00 »
M. Durán	10,00 »
Ridao	141,50 »
J. Martínez	20,00 »
Gainzarain	3,00 »
B. Serrano	10,00 »
Liarte	20,00 »
A. Jurado	20,00 »
Casals (cuatro entregas)	160,50 »
J. Regales	10,00 »
J. Ayora	10,00 »

Total 763,86 »

QUE CUNDA EL EJEMPLO. PUES SOLO ASI LA
REVISTA PODRA CONTINUAR APARECIENDO

POETAS DE AYER Y DE HOY

El mañana eterno

Déjame, Machado,
Habrarles con tu puaso.
¡Que estoy enamorado
del curso
que me has dado!

La España petulante y pendenciera,
granero sin semilla,
manejando su espada y su mantilla
con vocación de santa y de torera.
su corazón mancilla.
Llegó el mañana oscuro y permanente
con entraña vacía y sin alientos
y la vieja lechuza de su mente
combinó su silbido con los vientos.
En jóvenes presencias deformadas
por la inquina de guardias inciviles,
la España jaranera huye en bandadas
de corazones vacuos y serviles.
¡Esa España inferior que dio la pauta
con beatífico olor zaragatero,
se incauta de la luz y hasta se incauta
del alma del tomillo y del romero!
La España que mató sigue rezando,
atada sin pudor ni pantalones,
al altar donde, oscura, está inmolando
en favor de sombrías tradiciones
la voz pura y viril de sus varones.
«Florecieron las barbas, apostólicas»
y brillaron las calvas de aureolas,
mientras pasan adustas y caóticas
otras mentes mohosas y españolas.
Y del mañana huero, que horripila
con fríos sudorosos a esos hombres
cuyo pecho español aún les destila
España con su pulso y por sus hombres,
surge, indómita y limpia, nueva llama.
La infamada, famélica y flamenca
España de la idea, a solas clama,
pensil y pensativa como Cuenca,
pidiendo a Don Antonio su cayado.
Un gusto de inquietudes vivas llena
el viejo corazón aletargado,
y nos llueve una luz honda y serena.
.....
La España que renace
sobre el yerto solar de sus cenizas
es esta juventud que, herida, se hace
a fuerza del dolor que la hizo trizas.
¡Esa España implacable y redentora,
que en Collioure germina,
con gesto de perdón es vengadora!
¡Y otra España en sus odios se extermina!

ABARRATEGUI

(De mi libro de poemas «El huésped de Collioure», que tanto desea tomar el viejo caminito de España.)

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«CENIT» OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

Album de doce dibujos, Monrós	10,00 fr.
Albores de Libertad, Relgis	3,00 »
Alejandro Korn, filósofo de la libertad ..	1,80 »
El anarcosindicalismo en el Perú	1,50 »
La Anarquía ante los tribunales, Gori ..	1,50 »
La Anarquía al alcance de todos, Urales	1,00 »
Anarquía y anarquismo, Salinas	1,00 »
Los anarquistas y la crisis política espa- ñola, Peirats	21,00 »
Antología de pensamientos, G. Prada ..	1,50 »
Antología libertaria	2,00 »
Anselmo Lorenzo, el hombre y la obra, Montseny	1,50 »
El apoyo mutuo, Kropotkin	3,00 »
Así cayeron los dados, Botella Pastor ..	8,24 »
Ascaso y Durruti	0,50 »
Asociación Internacional de los Traba- jadores, J. Guillaume	1,50 »
Azaña, Alaiz	0,50 »
Aventuras de un perseguido político, F. Urales	1,00 »
La bancarrota fraudulenta del marxis- mo, Carbó	2,00 »
Breve historia de la anarquía, Netlau ..	3,00 »
Bolchevismo y anarquismo, Rocker	2,00 »
Carta municipal acordada, Alaiz	0,50 »
Cantos de la nueva resistencia	5,90 »
El cooperativismo puede evitar la guerra	1,50 »
Cien días de la vida de una mujer, Mont- seny	1,50 »
La C.N.T. y el porvenir de España, Paz	1,00 »
La Coacción moral, Mella	0,50 »
Congreso constitutivo de la C.N.T.	1,50 »
Comicios históricos de la C.N.T.	2,50 »
La Comuna, L. Michel	1,50 »
Crónica de un revolucionario, Vallina ..	3,30 »
Criadero de Curas	2,00 »
Cuatro cartas a Carbó, G. Pradas	1,00 »
Capitalismo, democracia y socialismo, Souchy	1,50 »
Conversaciones libertarias, Ferrer	1,50 »
La Demagogia de los hechos	9,00 »
Diario de la guerra de España, Kolstov	33,00 »
Don Quijote de Alcalá de Henares, Puyol	2,00 »
Durruti, Ascaso y la Revolución de Julio	0,50 »
De mi país, Unamuno	4,50 »
De una a otra revolución, Olaya	3,00 »
Dignidad humana, Unamuno	4,50 »
Determinismo y Libertad, O. Alberola ..	0,70 »
Discurso del hombre libre, F. Moro	1,00 »

Economía Federal, Alaiz	2,00 »
En el país de los Kibutzs	10,00 »
España en la ruta por su libertad	2,50 »
España 1963	0,50 »
España hoy	35,00 »
Estampas del exilio en América, Peirats	1,50 »
Estado y anarcosindicalismo	1,50 »
El arco de los años	5,60 »
El Americano	5,80 »
Las Aguilas se reúnen	0,50 »
Atlee C. R. (Autobiografía)	4,50 »
Agente Presidencial	8,50 »
Anatomía de la Paz	4,50 »
Ahora somos hermanos	6,00 »
Un Arbol crece en Brooklyn	7,00 »
Abelardo y Eloísa	8,00 »
Amalia	3,00 »
Antología Poética de Alfonsina Storni ..	6,00 »
Amadeo I	2,50 »
Los Ayacuchos	2,50 »
Los Apostólicos	2,50 »
El Barco Varado	1,50 »
Berceo	2,50 »
Ben Hur	3,00 »
Buridan	3,00 »
En Busca de un Millonario	3,00 »
Biografía Sacra de L. Franco	2,00 »
Benjamin Franklin J. Willad Cibes	3,80 »
La Batalla de los Arapiles	2,50 »
Copérnico y su mundo	7,00 »
Calvario	2,50 »
Comunidad de los Grandes Espíritus	3,00 »
La Cosecha de Dragón	8,50 »
La Cantera	2,50 »
Una Clarada Llamada	8,50 »
El Camino Ancho	8,50 »
Camaradas Errantes	4,50 »
El Caminante	4,00 »
Civilización del Trabajo y de la Libertad	6,30 »
Cronología de San Martín	5,60 »
Cumbres de Pasión	7,00 »
Crecientes de Primavera	7,00 »
Cómo he curado mi tuberculosispulmonar	1,50 »
La Campaña del Maestrazgo	2,50 »

EN FRANCES

Album d'Exposition d'Art espagnol en exil	1,50 »
L'affaire Ferrer devant les Cortes, Cruzel	1,50 »
Les Frères Reclus, P. Reclus	8,75 »
Mythologie marxiste-leniniste, Britel ..	2,50 »
Les Colectivisations en Espagne (Docu- ments de la C.N.T.-F.A.I.)	5,50 »

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)